

Programa de lectura de la Biblia

de la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*

Con el fin de poder avanzar sistemáticamente en la lectura de las Escrituras, recomendamos que se lea un capítulo o pasaje cada día, junto con los comentarios correspondientes.

©2002 United Church of God, an International Association

— Génesis —

Capítulo / pasaje	Tema
Génesis 1:1-2:4	La creación: la renovación de la tierra en seis días; el reposo del séptimo día
Génesis 2:4-25	El hombre y la mujer en el huerto del Edén
Génesis 3	Se come del fruto del árbol prohibido
Génesis 4	Caín y Abel
Génesis 5	Los descendientes de Adán
Génesis 6	El mundo antediluviano; Dios llama a Noé
Génesis 7	Comienza el diluvio
Génesis 8	Termina el diluvio
Génesis 9	El pacto de Dios con Noé; la maldición de Canaán
Génesis 10	Los descendientes de Noé
Génesis 11	La torre de Babel; los descendientes de Sem
Génesis 12	Dios llama a Abram; Abram viaja a Canaán y a Egipto
Génesis 13	Se separan Abram y Lot
Génesis 14	Abram rescata a Lot; le da los diezmos a Melquisedec
Génesis 15	Abram es contado como justo; profecía sobre la futura esclavitud y liberación
Génesis 16	Agar e Ismael
Génesis 17	La circuncisión; profecía sobre la futura grandeza
Génesis 18	La visita de Dios y los ángeles; Abraham razona con Dios
Génesis 19	La destrucción de Sodoma y Gomorra
Génesis 20	Abraham y Abimelec
Génesis 21	El nacimiento de Isaac; la expulsión de Agar e Ismael; el pacto entre Abraham y Abimelec
Génesis 22	El ofrecimiento de Isaac; la familia de Nacor
Génesis 23	La muerte de Sara
Génesis 24	Una esposa para Isaac
Génesis 25	Abraham y Cetura; la muerte de Abraham; los descendientes de Ismael e Isaac; Esaú vende su primogenitura
Génesis 26	Isaac y los filisteos
Génesis 27:1-28:5	Jacob obtiene la bendición por medio del engaño; profecía acerca de Esaú; Jacob huye de Esaú

Génesis 28:6-22	Esaú se casa con una mujer ismaelita; la visión y el voto de Jacob en Bet-el
Génesis 29:1-30:24	Jacob se casa con Lea y con Raquel; los hijos de Jacob
Génesis 30:25-43	El trato entre Jacob y Labán con respecto a los rebaños
Génesis 31	Jacob se separa de Labán
Génesis 32	Jacob se prepara para el encuentro con Esaú; Jacob lucha con Dios
Génesis 33	Jacob y Esaú se encuentran
Génesis 34	Siquem y Dina; la matanza de los varones de Siquem
Génesis 35:1-26	El regreso a Bet-el; la muerte de Raquel; el pecado de Rubén
Génesis 35:27-36:43	La muerte de Isaac; los descendientes de Esaú
Génesis 37	Los sueños de José; los hermanos de José lo venden como esclavo
Génesis 38	Judá y Tamar
Génesis 39	José en la casa de Potifar
Génesis 40	José es puesto en prisión; José interpreta sueños
Génesis 41	Los sueños del faraón; José interpreta los sueños
Génesis 42	Los hermanos de José viajan a Egipto y regresan a casa
Génesis 43	Los hermanos de José llevan a Benjamín a Egipto
Génesis 44	La copa de José; Judá intercede por Benjamín
Génesis 45	José se da a conocer a sus hermanos
Génesis 46-47	Jacob se traslada a Egipto; la administración de José durante el hambre
Génesis 48	La bendición de Efraín y Manasés
Génesis 49:1-28	Jacob profetiza acerca de Israel en el tiempo del fin
Génesis 49:29-50:26	La muerte de Jacob y de José

Comentarios sobre algunos pasajes del Génesis

Introducción al Génesis (Génesis 1:1-2:4)

Génesis es el primero de los cinco libros escritos por Moisés (conocidos colectivamente como el Pentateuco o la Torá). Al parecer, los escribió durante los 40 años que Israel estuvo en el desierto antes de entrar en la tierra de Canaán, la Tierra Prometida, bajo Josué. Los otros cuatro libros de Moisés son Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.

Pero Moisés vivió mucho tiempo después de los sucesos descritos en el Génesis; entonces ¿dónde consiguió su información? En el Génesis encontramos pruebas de que Moisés la compiló de otros documentos. En algunos casos, él nombra específicamente los documentos anteriores que utilizó. Uno de los más obvios es el de Génesis 5:1: “Este es el libro de las generaciones de Adán”. Otro ejemplo curioso se encuentra en Génesis 2:4: “Estos son los orígenes de los cielos y de la tierra cuando fueron creados . . .” Algunos eruditos creen que esto se refiere a un documento específico: “Los orígenes de los cielos y de la tierra”, que es la fuente de todo el material desde Génesis 1:1 hasta Génesis 2:3.

James Moffatt, erudito británico y traductor bíblico, estaba firmemente convencido de que esta era una referencia a la fuente de la información. En su traducción, hasta transfirió la primera parte de Génesis 2:4 para que sirviera como una introducción de Génesis 1:1. Por lo tanto, su traducción de la Biblia comienza con Génesis 2:4: “Esta es la historia de cómo se formó el universo . . .”, antes de entrar a Génesis 1:1.

En Génesis 2:4 la palabra hebrea traducida como “orígenes” literalmente significa “generaciones” o “genealogía”. Los eruditos bíblicos reconocen que hay por lo menos otros ocho pasajes en el Génesis en donde se utiliza esta misma palabra, en lo que parece ser una serie de documentos antiguos que en gran parte constituyen la base de este libro.

Por ejemplo, Génesis 6:9 nos informa: “Estas son las generaciones de Noé . . .” El texto entonces nos relata cómo Dios le dijo a Noé que construyera el arca en la que él, su familia y muchas especies de animales serían salvos del diluvio. Luego Génesis 10:1 narra la historia a partir de lo que parece ser un nuevo documento: “Estas son las generaciones de los hijos de Noé: Sem, Cam, y Jafet . . .” En Génesis 11:10 encontramos otra narración que nos dice: “Estas son las generaciones de Sem . . .” Encontramos la misma estructura literaria en los relatos de Taré, padre de Abraham (11:27), Ismael (25:12), Isaac (25:19), Esaú (36:1, 9) y Jacob (37:2).

Por los términos hebreos utilizados, parece que estos pasajes son realmente registros genealógicos e historias familiares escritas en la misma época en que sucedieron o muy cerca de ella. Posteriormente, estas crónicas fueron pasando de generación en generación y finalmente fueron recopilados en el libro que conocemos como el Génesis.

La diferencia en el estilo de los escritos en cada una de estas secciones nos da otra prueba de que fueron escritas por diferentes autores en épocas distintas y en diferentes culturas. Veamos lo que dice al respecto *The Expositor's Bible Commentary* (“Comentario bíblico del expositor”): “De la misma forma en que los escritores de los evangelios del Nuevo Testamento y de los últimos libros históricos del Antiguo Testamento (por ejemplo, Reyes y Crónicas), el autor del Génesis parece haber escrito su libro a partir de ‘archivos’ en los que estaban registradas las grandes obras de Dios en el pasado. Sabemos por las referencias que se encuentran en los libros históricos más antiguos, que tales archivos se crearon desde el principio de la historia de Israel (Éxodo 17:14; Números 21:14; Josué 10:13); así que es razonable suponer que en las casas de los patriarcas y de sus ancestros tribales se conservaron registros semejantes en épocas mucho más antiguas.

“En todo caso, la historia que se narra en el libro del Génesis parece estar compuesta de historias cortas e independientes . . . Si este fuera el caso, no podríamos esperar que hubiera una absoluta uniformidad de estilo, etc., entre todos los relatos individuales . . . Más bien, podríamos esperar que el autor, guiado por Dios, hubiera preservado estos relatos tal como los había recibido, sacrificando la uniformidad en aras de la fidelidad histórica . . .

“Con base en estas observaciones, la imagen que surge es que el Génesis es un relato cuidadosamente elaborado de la historia antigua de Israel, con base en los anales y las tablas genealógicas de los archivos ancestrales de Israel” (1990, tomo 2, pp. 4-5). Y Moisés entonces recopiló y tal vez amplió este material, guiado por la inspiración de Dios.

En hebreo, el libro que conocemos con el nombre de Génesis toma el nombre de la primera palabra del primer versículo: *Berishiyth*, “En el principio”. El nombre *Génesis* proviene de la traducción griega del Pentateuco conocida como la Septuaginta o versión de los Setenta (normalmente abreviada como LXX) y significa “origen” o “principio”.

El Génesis es, de hecho, un libro de orígenes. Su propósito es el de explicar los orígenes. En él están anotados los orígenes del universo, la tierra, el hombre, el pecado, las naciones gentiles, los pueblos israelitas, los pactos y las costumbres sociales de los israelitas. Aunque es el primer libro de la sección de la Biblia conocida como la Torá (llamada con frecuencia “la ley”), el Génesis no es propiamente un libro de leyes; esto es, en su mayor partes es un relato histórico. (Debemos tener en cuenta que, en general, la voz *torá* significa “enseñanza” e “instrucción”.) Sin embargo, el Génesis sí contiene mandamientos específicos, entre ellas: “Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás” (2:17); “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer” (2:24), lo que Jesús citó como parte de la ley de Dios (Mateo 19:4-6); “Pero carne con su vida, que es su sangre, no comeréis” (Génesis 9:4), ley que se repite en Levítico 17:11-12. Dios también dijo en el Génesis: “Anda delante de mí y sé perfecto (17:1), lo que es un mandato directo. Además, el Génesis nos revela los orígenes de muchas otras leyes, tales como las referentes al día semanal de reposo (el sábado), la circuncisión, los alimentos permitidos y muchas otras cosas. Es importante que entendamos esto, porque algunos creen que las leyes de Dios que aparecen codificadas en otros libros del Pentateuco no existían anteriormente y, por lo tanto, no estaban dirigidas a toda la humanidad sino solamente al antiguo Israel.

En el Génesis se tratan muchos temas. Como hilos multicolores que se entrelazan en un fino tapiz, cada uno de estos temas está entrelazado en este maravilloso libro. La soberanía de Dios, el pecado y sus consecuencias, la obediencia y la fe, la redención y el perdón, todos estos temas y muchos otros vienen a la luz de una manera clara y contundente. También veremos que muchos de estos temas continúan presentes a todo lo largo de la Biblia.

Elohim (Génesis 1:1-2:4)

En la frase que marca el comienzo de la Biblia, se nos habla acerca del Creador, quien en español se llama *Dios*. La voz hebrea que en este versículo fue traducida como “Dios” es *Elohim*. Para entender el propósito de Dios, así como *nuestro* asombroso potencial, es absolutamente vital entender el significado de esta palabra hebrea.

Elohim es la forma plural de *El* o *Eloah*, las cuales se derivan de una raíz que significa “fuerte”; por lo tanto, *El* y *Eloah*, al referirse a Dios, quieren decir “el Fuerte”. Así que, *Elohim*, un sustantivo plural, quiere decir literalmente “los Fuertes”, y se utiliza para identificar a Dios, quien es omnipotente. *Elohim* se usa tanto para hablar del Dios verdadero como para señalar los dioses falsos, provenientes de la invención del hombre. Sin embargo, cuando se utiliza para designar al Dios verdadero, la palabra *Elohim*, sustantivo plural, con frecuencia (pero no siempre) aparece con un verbo en singular, lo que parece ser contrario a las reglas de la gramática. Por ejemplo, en español nosotros diríamos: “Ellos corrieron”, que está de acuerdo con las reglas gramaticales; jamás diríamos “Él corrieron”, porque el pronombre en singular no concuerda con el verbo en plural. De esta misma forma, nos parecería lógico que el sustantivo plural *Elohim* debería aparecer con la correspondiente forma del verbo en plural. Pero no siempre sucede así cuando se refiere al verdadero Dios. En Génesis 1:1 leemos: “En el principio creó Dios . . .” Mientras que la palabra traducida como “Dios” es *Elohim*, un sustantivo plural, la palabra “creó” corresponde a la palabra *bara*, un verbo en singular. ¿Por qué?

Debemos recordar que con frecuencia *Elohim* se emplea como un nombre; mejor dicho, un nombre familiar. Otro buen ejemplo de esto lo encontramos en el nombre nacional Estados Unidos. En inglés es un nombre singular. Aunque tiene forma plural, siempre pide el verbo en singular (“es”). Por ejemplo, decimos que Estados Unidos *hizo* — no *hicieron*— tal o cual cosa. Claro que también debemos preguntarnos por qué se utiliza un sustantivo plural. La respuesta es que representa una verdadera pluralidad: la nación está compuesta de más de un estado. De la misma forma, ¿por qué el nombre *Elohim*, siendo plural, se utiliza como si fuera singular? La razón es porque también representa una verdadera pluralidad: la familia divina está compuesta de más de un ser.

Pero ¿por qué, si *Elohim* es plural, es traducido en la forma singular “Dios”? La respuesta es que en la mayoría de los casos el texto griego inspirado del Nuevo Testamento traduce esta palabra como *Theos*, la forma singular del sustantivo que significa Dios. Y definitivamente existe un aspecto singular de la familia divina. ¡El Dios verdadero es una pluralidad que está en completo acuerdo y absoluta unidad! Por extraño que parezca, la Biblia nos revela que Dios es una *familia* de seres espirituales. Con frecuencia, Jesús dejó esto bien claro al hablar acerca del *Padre* —un ser divino independiente— y de sí mismo como el *Hijo* de Dios. Esta familia divina siempre actúa, piensa y habla en completa unidad. Y tal vez esto es lo que realza el verbo griego *Theos*. Pero el hecho de que la palabra *Elohim* denota claramente una pluralidad de seres divinos es algo comprobado fehacientemente en las Escrituras, incluso en otros dos versículos del Génesis.

En Génesis 1:26 leemos: “Hagamos al hombre a *nuestra* imagen, conforme a *nuestra* semejanza . . .” El texto hebreo está muy claro, y la traducción que usa la forma plural es correcta y precisa. Dios, *Elohim*, ¡es una pluralidad! Ahora bien, algunos leen el versículo 27, que dice: “Y *creó* Dios al hombre a *su* imagen, a imagen de Dios lo *creó*; varón y hembra los *creó*”, y afirman que Dios es un solo ser. La explicación sencilla, de acuerdo con la Escritura, es que en el momento de *crear*, actuó solamente un ser divino: aquel que más adelante se convirtió en Jesucristo (Colosenses 1:16). Según Génesis 1:27, *él* creó al hombre a *su* propia imagen, pero como aquel que se convirtió en Jesucristo es la imagen misma del Padre, la afirmación del versículo 26 es totalmente correcta. No existe ninguna contradicción entre el versículo 26 y el 27.

El punto final de esta discusión lo encontramos en Génesis 3:22: “Y dijo el Eterno Dios: He aquí el hombre es como *uno de nosotros* . . .” No hay lugar a ninguna confusión aquí. La frase “uno de nosotros” tan sólo puede significar que Dios es una pluralidad de seres. Sólo hay un Dios, pero este Dios es una familia espiritual de seres divinos, una familia sin ningún asomo de rivalidad o división, que siempre actúa en completa unidad y armonía.

La creación (Génesis 1:1-2:4)

El capítulo 1 del Génesis nos relata la historia de la creación. Aunque el relato bíblico tiene algunas similitudes superficiales con las fábulas de la creación que tenían los vecinos egipcios, cananeos, babilonios y asirios de Israel, una comparación honrada de estos textos nos revela que la historia del Génesis tiene un carácter único: es sencillo, majestuoso, inspirador y desprovisto de mitos infantiles. En realidad, el relato de la creación del Génesis nos muestra al Dios verdadero con toda su autoridad soberana, su poder incuestionable sobre todos los elementos que en las religiones paganas tienen la reputación de ser dioses: luz, agua, tierra, cuerpos celestiales, criaturas marinas, plantas, animales y el hombre.

El versículo 1 describe la creación de los cielos (el plural *cielos* tal vez se usa aquí para indicar las tres clases de cielo que se mencionan en la Biblia: el lugar de la morada espiritual de Dios, el espacio sideral y la atmósfera de nuestro planeta) y de la tierra, lo cual no implica que todos éstos llegaran a existir al mismo tiempo. Desde mediados del siglo 19 el relato de la creación en Génesis 1 ha sido ridiculizado por los científicos, ateos y no creyentes. Un punto crucial para la afirmación de que Génesis 1 carece de fundamento científico es la idea de que, según la cronología bíblica, tan sólo han transcurrido 6.000 años desde que el universo fue creado. Pero un entendimiento correcto de los dos primeros versículos del Génesis nos muestra que la Biblia permite suponer que el universo es muchísimo más antiguo, incluso de una edad equiparable con los cálculos de muchos científicos. El versículo 1 nos dice que Dios creó los cielos y la tierra en algún momento indefinido del pasado. Luego el versículo 2 nos dice que la tierra estaba “desordenada y vacía” (del hebreo *tohú va bohú*, que también podría traducirse “caos y confusión”). Pero podemos deducir de lo que dice en Isaías 45:18 que este no fue el estado de la creación original de Dios: “Porque así dijo el Eterno, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; *no la creó en vano*, para que fuese habitada la creó . . .” La palabra traducida como “vano” en este versículo es *tohú*, la misma palabra que se emplea en Génesis 1:2 para hablar de una condición desolada. Por lo tanto, aunque Dios no *creó* nuestro planeta en un estado de caos y confusión, *llegó* a ese estado como consecuencia de una revuelta angelical comandada por Satanás (ver Apocalipsis 12:4; Isaías 14:12-14; Ezequiel 28:12-15; Lucas 10:18). Por consiguiente, el relato de la creación que sigue a continuación es en realidad el relato de la *renovación* de la tierra con el fin de prepararla para la creación del hombre (ver Salmos 104:29-30).

A lo largo del primer capítulo del Génesis se muestra que la creación es un acto deliberado, planeado y con propósito del Dios supremo creador. Esto marca un gran contraste con las fábulas de la creación de las naciones vecinas de Israel que mencionamos anteriormente. Estas naciones elaboraron narraciones épicas acerca de la creación, con dioses que gobernaban el universo sin ni siquiera haberlo creado. En sus relatos, el universo había existido desde siempre, pero en un estado caótico; la labor de los dioses consistía en poner cierto grado de orden en el caos primitivo. En algunos relatos paganos de la creación los dioses crearon el universo, pero ¡lo hicieron en medio de una borrachera! O sea, todo fue por accidente. En otras historias paganas, el universo provino de los dioses; es decir, salió de sus propios cuerpos. Claramente, el relato de la creación del Génesis no tiene nada que ver con los relatos paganos y de ninguna forma pudo haberse derivado o basado en ellos.

La creación del Génesis se presenta en forma muy lógica. Una clave que nos permite entender el relato es tener en cuenta que la historia es contada desde el punto de vista de alguien que está sobre la superficie del planeta, y no mirando desde un punto en el espacio. Es como si Dios quisiera que el lector quedara en medio del acto creativo, observando la obra de la creación que está ocurriendo a su alrededor. Desde una posición terrestre, el lector ve cómo el acto creativo aparentemente se divide en dos etapas, cada una de las cuales se lleva a cabo en tres días de actividad, con los días correspondientes de cada etapa dedicados a los mismos elementos. Parece que la primera etapa comprende desde el primer día hasta el tercero; y que la segunda comprende desde el cuarto día hasta el sexto. Los días primero y cuarto tienen que ver con los cielos; los días segundo y quinto están relacionados con las aguas; y los días tercero y sexto tienen que ver con la tierra.

A partir del modelo de la creación que nos describe Génesis 1, podemos aprender acerca de Dios. Primero, Dios es el Creador viviente, activo y soberano que tiene control absoluto sobre todo. Segundo, Dios es lógico, y todo lo crea según un diseño y con un propósito. Tercero, Dios crea en etapas, en la primera etapa establece el fundamento, en la segunda completa y embellece. Con esto en mente, veamos cómo Dios está trabajando con la humanidad. La primera etapa de la creación de la humanidad fue física; el hombre fue creado según la imagen física e intelectual de Dios y recibió dominio sobre la tierra. La segunda etapa de la creación humana es espiritual, en donde la humanidad está

siendo creada según *el carácter espiritual* de Dios por medio de Jesucristo, para finalmente recibir dominio sobre *todas las cosas*. En la primera etapa, Dios dio su ley codificada (la ley había sido conocida desde la época de Adán y Eva, pero la escribió en tablas de piedra y la dio en forma codificada). En la segunda etapa, él da su Espíritu, por medio del cual escribe la ley en nuestros corazones. En la primera etapa, Dios obró con los descendientes físicos de un solo hombre; en la segunda, está obrando con su pueblo espiritual, engendrado por él mismo. Es obvio que ¡el Creador todavía está creando, está siguiendo el mismo patrón de creación!

Lectura recomendada: “La edad de la Tierra: ¿Hubo un intervalo entre los dos primeros versículos del Génesis”, que aparece en las páginas 12-15 del folleto *¿Se puede confiar en la Biblia?*

El día de reposo: el séptimo día de la semana (Génesis 1:1-2:4)

Dios llevó a cabo el acto final de la semana de la creación descansando de la obra que había estado haciendo. Génesis 2:1 nos dice que la creación de los cielos y la tierra, y de todo lo que en ellos hay, fue acabada. El versículo 2 nos dice: “Y dio por concluida Dios en el séptimo día la labor que había hecho, y cesó en el día séptimo de toda la labor que hiciera” (Biblia de Jerusalén). En otras palabras, cuando comenzó el séptimo día de la creación, Dios ya había terminado su labor de creación. En lugar de crear algo físico en el séptimo día, Dios *bendijo* el séptimo día y lo *santificó*; es decir, lo *apartó* de los demás días.

Los tres primeros versículos de Génesis 2 nos narran la designación original del séptimo día como el día de descanso semanal. Dios les reiteró a los israelitas la orden de guardar este mismo día cuando los liberó de Egipto en los días de Moisés (Éxodo 16:4-30; 20:8-11). Aunque la palabra *sábado* no aparece en Génesis 2 directamente, sí aparece indirectamente. La palabra hebrea *shabbath* (sábado) es la forma sustantiva del verbo hebreo *shabath*, que significa cesar, dejar de hacer algo, descansar. El verbo *shabath* es traducido como “reposó” en los versículos 2 y 3 de Génesis 2. Es como decir que Dios “*shabathió*” en el séptimo día, el día *shabbath*. Más aún, Dios usó el mismo verbo *shabath* en las instrucciones que les dio en Éxodo 23:12, 31:17 y 34:21 diciéndoles que debían descansar y santificar el sábado. Así que de hecho el séptimo día de Génesis 2 fue el primer día de reposo, y es el origen del día de reposo semanal. (Si desea una explicación más completa y detallada acerca del propósito de Dios al crear el sábado semanal y ordenarnos que lo guardemos, no vacile en solicitarnos el folleto *El día de reposo cristiano*.)

La creación del hombre y la mujer (Génesis 2:4-25)

En Génesis 1 los actos de la creación de Dios se presentan en líneas generales. El propósito es dar una vista panorámica de la actividad creadora de Dios. La creación del hombre y la mujer ocurrió en el sexto día, pero no se dice nada acerca de la forma en que fueron creados ni se dan otros detalles. En cambio, en Génesis 2 se detallan los actos específicos de Dios al crear al hombre y se concentra en los sucesos del sexto día.

El versículo 7 nos dice que Dios “formó” al hombre y “sopló” en él. *Formó* indica generalmente un manejo personal de lo que se está haciendo, con las manos, dándole la forma con los dedos. *Sopló* indica una exhalación de aire profunda y definida, parecida a la fuerza que se aplica en una resucitación boca a boca. La creación de la humanidad, por lo tanto, aparece muy distinta de la creación de las otras cosas de Génesis 1, porque en esos casos Dios solamente habló para hacerlas existir. En el caso del hombre, sin embargo, “formó” y “sopló” indica que Dios tomó parte personalmente al hacerlo. Los seres humanos no solamente fueron creados de una forma tan especial, sino que Dios les hizo además un jardín especial para que vivieran en él y lo cuidaran. Vemos que un acto especial de creación produjo una criatura especial, que después fue puesta en un ambiente especial y se le dio una labor especial para realizar. Todos estos detalles tienen el propósito de darnos a conocer el grado de compromiso y amor que Dios tiene con el hombre.

A pesar del carácter especial de la creación del hombre, éste fue creado del polvo de la tierra y “fue el hombre un ser viviente”. Las palabras *ser viviente* son traducidas del hebreo *nefesh chaih*. De hecho, Génesis 1:20-21, 24 traduce *nefesh* como “criatura”, para referirse a los animales del mar y de la tierra; por lo tanto, el hombre es otra clase de criatura más. En este aspecto no es diferente de las bestias de la tierra.

Esto nos trae a colación otro aspecto interesante de los relatos de la creación en Génesis 1 y 2. A lo largo de estos capítulos hay dos tendencias claras: por un lado se expresa la naturaleza especial del hombre, y al mismo tiempo se hace hincapié en la conexión directa que éste tiene con la tierra y cómo es distinto de Dios. Por ejemplo, para recal-

car su composición material, se destaca que el hombre ha sido creado de lo mismo que fueron creados todos los animales y recibe la misma orden de multiplicarse. Pero para hacerle énfasis a su superioridad, el hombre es la última criatura en ser creada del polvo de la tierra, y le es dado dominio sobre todo lo demás. Para recalcar su aspecto físico, el hombre es creado del polvo de la tierra; pero para hacer notar su carácter único, es creado de una manera especialmente personal e íntima.

Por supuesto, existe otra diferencia muy importante entre los animales y los seres humanos. Estos últimos tienen un componente espiritual en su existencia. No debemos confundir esto con el falso concepto del alma inmortal; estamos hablando de algo que no es consciente en sí mismo, sino que le da al cerebro físico la facultad del intelecto humano. Este “espíritu en el hombre” o “espíritu humano” es mencionado tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo. Es interesante notar que tanto la palabra hebrea para espíritu (que es *rúaj*), como su equivalente en el Nuevo Testamento, la palabra griega *pneuma*, tienen el mismo significado de “viento” o “aliento”. Tendría mucho sentido pensar que cuando Dios sopló en la nariz de Adán aliento de vida, también le dio “aliento espiritual”, o sea el espíritu humano. Este espíritu es el que nos permite tener una mente a imagen de la de Dios, con capacidad para tomar decisiones morales y tener una verdadera relación con Dios.

En estos versículos, el acto final de amor de Dios es la creación de la mujer. De una manera maravillosa, Dios había suplido todas las necesidades físicas del hombre que había creado. Nunca ha habido un clima más saludable, un ambiente más agradable, un hogar más seguro o un trabajo más estimulante que lo que había en el Edén. Y sin embargo Dios había creado al ser humano con una naturaleza emocional e intelectual que sólo se satisfacía teniendo compañía. De hecho, Dios había creado al hombre a su propia imagen, y el hombre deseaba vivir en una familia, la cual prefiguraba la relación familiar planeada por Dios. Entonces, Dios le creó al hombre una compañía adecuada para él. De esta compañía vendría la reproducción humana, que ampliaría la familia.

Antes de crear a Eva, tal parece que Dios había decidido hacer que el hombre se diera cuenta de la necesidad que tenía de compañerismo emocional e intelectual. Le dijo a Adán que les pusiera nombre a los animales que había creado, lo cual indica la autoridad del hombre. (En las Escrituras, cuando alguien le asigna un nombre a otro, indica que el que da el nombre tiene cierta autoridad sobre el que lo recibe. Por ejemplo, Dios es el que le da nombre a Adán; Adán es el que nombra a Eva; Dios les da nuevos nombres a Abram y Jacob; el faraón le da un nuevo nombre a José; Nabucodonosor les da otros nombres a Daniel y a sus amigos; Dios nombra a Jesús; Jesús le da el nombre a Pedro.) Pero al hacer esto, Adán está consciente de su soledad y de su necesidad de compañía. Dios, debemos recalcarlo, no estaba permitiendo que Adán buscara pareja entre los animales. Por el contrario, al ver los animales Adán se daría cuenta de que todos tenían su pareja, y entendería la necesidad que tenía de una compañía semejante para él. Dios tomó una de las costillas del hombre y de ella hizo a Eva (la palabra hebrea literalmente significa que “construyó” a la mujer).

¿Por qué Dios tomó una costilla? ¿Por qué no simplemente hacer a la mujer del mismo polvo de la tierra? Hay varias posibilidades, pero al fin y al cabo sólo podemos especular al respecto. Primero, si hubiera hecho a la mujer del polvo de la tierra, esto podría dar pie para que se discutiera cuál de los dos barro era mejor, si el de Adán o si el de Eva. Segundo, al hacer a la mujer de una costilla, sería obvia la naturaleza idéntica del hombre y la mujer. Tercero, al moldear a la mujer del hombre, esto les recordaría a ambos que ninguno de los dos podría estar completo sin el otro.

Parfraseando a la poeta Mildred North: “La mujer no fue tomada de la cabeza del hombre, para que lo gobernara; ni tampoco de sus pies, para que él la aplastara; pero fue tomada de debajo de su brazo, para ser protegida, y de cerca de su corazón, para ser amada”.

Los dos árboles (Génesis 3)

Génesis 3 es uno de los pasajes más importantes de todas las Escrituras. No debemos menospreciar la importancia que tiene para ayudarnos a entender nuestra naturaleza, nuestras necesidades y nuestra condición.

El capítulo comienza con la aparición de la serpiente, que en Apocalipsis 12:9 es identificada como Satanás. La interacción entre Satanás y Eva nos enseña una lección muy provechosa para saber cómo es que él nos induce a pecar. Primero, veamos su pregunta: “¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?” (Génesis 3:1). Esto, en realidad, *no* era lo que Dios les había dicho. Él les había dicho: “De todo árbol del huerto podrás comer; mas

del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2:16-17). Dios solamente les había impuesto *una* restricción a Adán y Eva; nada más les había sido prohibido. La pregunta que Satanás les hizo estaba hecha de una forma que resaltara la prohibición más allá de su verdadera proporción, para desvirtuar la percepción que Eva tenía de los límites justos y, por lo tanto, inculcarle el sentimiento de que había sido tratada injustamente.

Ella contestó que sólo un árbol estaba prohibido. Pero ya con la semilla de la duda, su percepción alterada, sus emociones revueltas y una premisa errónea en su mente, Satanás le ofreció una diferente explicación de la situación: “No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” (3:4-5). Las palabras de Satanás eran una mezcla de mentira y de engaño. Su afirmación de que Adán y Eva no iban a morir era una mentira total. Su afirmación de que ellos sabrían el bien y el mal era un engaño, porque no le explicó lo que estaba implícito en “saber” el bien y el mal. Sin embargo, esta aseveración de Satanás tendría un efecto en la mente confundida de Eva.

Como dice el versículo 22, Adán y Eva llegaron a ser como Dios en el sentido de que “sabían” el bien y el mal. Pero ¿qué significa esto? Para responder deberíamos preguntarnos primero en qué forma sabe Dios el bien y el mal. Algo muy importante que debemos reconocer al respecto es que él los *determina*; esto significa que es él quien *decide* qué es bueno y qué es malo. En el versículo 6 leemos que Eva “vio que el árbol [prohibido] era *bueno* para comer”. De acuerdo con los parámetros de Dios, esto no era cierto. Pero de acuerdo con los parámetros de Eva, sí lo era. En realidad, ella llegó a tal conclusión bajo la influencia de Satanás, y desde entonces la humanidad ha seguido este mismo camino. Porque como nos dice la Escritura: “Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte” (Proverbios 14:12; 16:25). Este es el amargo resultado de confiar en *nosotros mismos* para decidir qué es bueno y qué es malo, en lugar de confiar en Dios para que sea *él* quien nos lo revele.

Debemos recalcar que Eva fue engañada por Satanás, pero en Adán recae una mayor culpabilidad, puesto que él pudo haber estado acompañando a Eva mientras ésta hablaba con Satanás (ver Génesis 3:6). Como lo explicó más adelante el apóstol Pablo: “Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión” (1 Timoteo 2:14). Adán escogió libremente seguir a su mujer en esta transgresión, tal vez para evitar el dolor de tener que separarse de ella. De todas formas, Pablo nos dice que “el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte” (Romanos 5:12), y ese hombre fue Adán.

El episodio de los dos árboles nos ayuda a entender algo muy significativo acerca de la civilización humana. Para cada uno de nosotros, estos dos árboles representan la obligación que tenemos de elegir si vamos a aceptar lo que Dios dice acerca del bien y del mal, o si vamos a arrogarnos la prerrogativa divina y determinar nosotros mismos lo que es el bien y lo que es el mal. Por un lado podemos tener vida y bendiciones, y por el otro, sufrimiento y muerte (Deuteronomio 30:19).

Con muy pocas excepciones, desde el tiempo de Adán y Eva el hombre ha estado *separado* de Dios. Debido a esta separación, al hombre le falta el verdadero conocimiento de Dios; por consiguiente, es necesario que Dios nos llame (Juan 6:44) a salir de este mundo malo para que podamos tener vida y ser guiados por él. Por esta razón, incluso muchos de los que creen que están siguiendo lo que Dios dice acerca del bien y del mal, están siguiendo lo que otros les han dicho y no lo que está escrito en la Biblia. En cierto sentido, las Escrituras, por cuanto son palabras de vida eterna (Juan 6:63, 68), se pueden comparar al árbol de la vida. Pero el hombre, estando separado de Dios, no puede captar el verdadero significado de las palabras sin que Dios le dé entendimiento espiritual (1 Corintios 2:9-14).

Lamentablemente, el hombre sigue comiendo del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Los resultados han sido positivas en la medida en que el hombre ha hecho algunas de las cosas que Dios define como buenas. Es por eso que entre quienes siguen religiones falsas, o que son totalmente irreligiosos, hay algunos que practican la bondad y otras virtudes. No obstante, debido a que el hombre rechaza tantas cosas que Dios define como buenas, y al mismo tiempo admite como buenas muchas cosas malas y nocivas, las consecuencias generales son el dolor y sufrimiento que vemos en este mundo. Las buenas noticias son que Jesucristo pronto volverá a la tierra y la llenará del conocimiento de Dios para que todas las naciones puedan aprender sus caminos y caminar por ellos (Isaías 11:9; 2:2-4).

Dos hermanos (Génesis 4)

El pecado de Adán y Eva tendría consecuencias funestas que serían evidentes en su propia familia. De hecho, toda la gran familia de la humanidad ha repetido sistemáticamente las mismas actitudes y prácticas disfuncionales que el pecado introdujo en la primera familia humana. Un análisis detallado de la historia de Caín y Abel nos pone de presente varias lecciones interesantes.

Adán y Eva tuvieron dos hijos: Caín, el primogénito, y Abel. (Como nos lo da a entender Génesis 5:4, también pudieron haber tenido otros hijos e hijas. Pero aparentemente no tuvieron más hijos hasta después de la muerte de Abel, pues Sem parece ser el siguiente hijo varón; ver el versículo 25.) Según lo que nos dice la Escritura, Caín fue labrador de la tierra, un granjero. Abel era pastor de ovejas. En cuanto al hecho de que la ofrenda de Abel fuera aceptada y la de Caín no, algunos han sugerido que había algo erróneo en la ofrenda de Caín, porque ofreció del fruto de la tierra. Pero más adelante vemos que las ofrendas de cereales eran perfectamente aceptables para Dios. De hecho, él dijo que estas ofrendas deberían ser quemadas en el altar “por memorial en olor grato al Eterno . . . es cosa santísima, como el sacrificio por el pecado, y como el sacrificio por la culpa” (Levítico 6:15, 17). Entonces, ¿cuál era el problema? Génesis 4:4 nos dice que Abel trajo “de los primogénitos de sus ovejas”, pero al hablar de la ofrenda de Caín no se menciona que ésta fuera de lo mejor ni de las primicias. Tal vez esto se debía a la actitud de Caín. El versículo 5 nos dice que Dios “no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya”. Aquí nos dice que Dios no solamente rechazó la ofrenda de Caín, sino que *el mismo Caín* no le agradó. Tal vez esta sea de hecho la razón por la que rechazó su ofrenda. Con frecuencia leemos en las Escrituras que Dios abomina los sacrificios, fiestas y aun las oraciones de aquellos que son culpables de grandes pecados y no se han arrepentido de ellos (Isaías 1:10-15). Cuando una persona así “hace ofrenda, [es] como si ofreciese sangre de cerdo” (Isaías 66:3). Dios se dio cuenta de que Caín estaba a punto de permitir que el pecado lo dominara (Génesis 5:7), y que esto fuera manifiesto en sus acciones.

Por otra parte, también leemos que Abel ofreció un mejor sacrificio porque lo ofreció por fe, y por esa fe fue considerado justo (Hebreos 11:4; Mateo 23:35). La fe proviene del oír las instrucciones de Dios (Romanos 10:17). Los mandamientos de Dios deben haber sido transmitidos por medio de Adán y Eva. Sin duda, Dios les había dado algunas instrucciones para adorarlo, porque si no fuera así, ¿dónde sacaron Caín y Abel que debían hacerle ofrendas? Abel obedeció, porque tuvo fe.

El rechazo hizo que Caín sintiera ira y celos, aunque hasta cierto punto bien pudo haber sentido estas emociones ya. De cualquier forma, él no controló sus pasiones, como Dios le había dicho que debía hacer (v. 7), y en lugar de ello mató a su hermano. Más tarde, Dios confrontó a Caín: “La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra” (v. 10). Cuando se menciona que alguien clama a Dios, por lo general está pidiéndole protección, liberación o venganza. En sentido figurado, la sangre de Abel le estaba clamando a Dios por venganza. Esto lo confirma el hecho de que Caín temía que esta venganza fuera llevada a cabo con él por cualquiera que lo encontrara, y por los comentarios que Dios hace en el versículo 15, en donde habla específicamente de venganza en este contexto. Esto es interesante cuando tenemos en cuenta que en Hebreos 12:24 se nos dice que la sangre de Jesús “habla mejor que la de Abel”. ¿Por qué? Porque la sangre de Abel clama por venganza, que era lo justo y apropiado, pero la sangre de Cristo les ofrece misericordia y perdón a todos aquellos que se arrepientan, lo cual es mucho mejor.

Caín partió y fue al oriente a la tierra de Nod. Puesto que este nombre significa “vagabundo” o “errante”, tal vez no sea ninguna indicación geográfica. Y también vemos que se menciona la esposa de Caín, quien pudo haber sido una de sus hermanas. “Los problemas asociados con el incesto, que se mencionan en Levítico 18, no debieron presentarse cuando todo el ancestro genético era puro y no se había contaminado” (*Nelson Study Bible* [“Biblia de estudio de Nelson”]), comentario acerca de Génesis 5:4). Ahora el incesto, tal como lo define Dios en Levítico 18, es pecado.

Los descendientes de Adán (Génesis 5)

Alguien dijo alguna vez que las partes más aburridas de la Biblia eran las genealogías. Cuando menos son listas áridas, sin aliciente, de personas que en su gran mayoría no desempeñan ningún papel en las Escrituras. Pero las genealogías pueden ser muy instructivas. Hablando en términos generales, las genealogías tienen varias funciones. Primero, proveen un esquema cronológico. Segundo, las genealogías nos dan una historia de aquellas personas por

medio de las cuales Dios ha obrado para llevar a cabo sus planes. Por medio de las genealogías podemos ver cómo Dios ha cumplido sus promesas a ciertas personas, tales como Abraham, Isaac, Jacob y David. La función más importante en este sentido es que nos proveen con la genealogía de Jesucristo, aquel por medio del cual tenemos reconciliación con Dios y quien nos ha dado la forma de alcanzar nuestro asombroso potencial humano.

Tercero, las genealogías nos dan instrucción, y algunas veces nos dan a entender que Dios ha participado activamente en la vida de ciertas personas. Cuando examinamos las raíces de los nombres en la genealogía de Génesis 5, encontramos algo muy interesante. Algunas de estas raíces todavía son debatidas por algunos lingüistas, pero la mayoría son ampliamente reconocidas. *Adán* proviene de una raíz que significa “tierra colorada” u “hombre”, quien proviene de la tierra. *Set* viene de una raíz que significa “elegido”. *Enós* proviene de una raíz que significa “mortal”. *Cainán* proviene de una raíz que significa “jabalina [lanza]” o “pesar”. *Mahalaleel* proviene de la unión de dos raíces que significan “alabado” o “bendecido” y *El*, “Dios”; o sea que significa “bendecido por Dios” o “bendito Dios”. *Jared* significa “descender” o “bajar”. *Enoc* corresponde a una raíz que parece sugerir “inaugurar”, “dedicar”, “empezar” y aun “adiestrar” o “enseñar”. *Matusalén* proviene de dos raíces que significan bien sea “hombre” y “arma”, o tal vez “muerte” y “traerá”, lo que posiblemente quiera decir “su muerte traerá”. *Lamec* proviene de una raíz que probablemente significa “poderoso” o “salvaje”, o tal vez “lamentándose” o “desesperación”. Y *Noé* proviene de una raíz que significa “traer alivio, descanso o consuelo”. Poniendo todos los nombres juntos y usando el probable significado que encaja, podríamos leer: “El hombre (está) destinado a un dolor mortal, (pero) el bendito Dios bajará a enseñar, (y) su muerte traerá descanso (a los) desesperados”. Aunque no debemos darle mucha importancia a esto, especialmente porque el significado de las raíces no es tan cierto, sin embargo es interesante.

Hijos de Dios, hijas de los hombres, y los gigantes (Génesis 6).

Algunos han enseñado que Génesis 6 describe cómo los ángeles caídos se casaron con mujeres y de esta forma engendraron gigantes medio demonios. Pero existe una explicación más lógica.

El *Compendio manual de la Biblia*, de Halley, dice que “se cree que los hijos de Dios (6:2), o son ángeles caídos, o líderes de las familias setitas, que se casaron con los descendientes impíos de Caín” (24ª edición, p. 72). La primera posibilidad que se menciona aquí no es factible en realidad, porque aunque los ángeles son llamados “hijos de Dios” en Job 38:7, son llamados así porque Dios es su “Padre” por la creación. Los ángeles son seres espirituales (Hebreos 1:7), no criaturas terrenales. Ellos ni se casan ni se reproducen sexualmente (ver Lucas 20:34-36). Además, esta explicación también iría en contra del principio tan claramente expuesto en Génesis 1, en el que cada especie se reproduce “según su especie”. También hay que recordar que el Jesús resucitado explicó que “los ángeles caídos”, o demonios, no podían manifestarse físicamente como él y los ángeles justos podían hacerlo (Lucas 24:39; comparar con los versículos 40-43; Génesis 18:1-8, 16; 19:1). En vez de esto, en las Escrituras vemos que los demonios tan sólo poseen a ciertas personas o se aparecen como fantasmas.

La segunda explicación que Halley ofrece es mucho más razonable y encaja mejor en el contexto del pasaje. En Génesis 4 encontramos la historia de Caín y Abel y después está la genealogía de los descendientes de Caín. Génesis 5 es llamado “el libro de las generaciones de Adán” (v. 1). Comienza con la creación de Adán, quien fue creado por Dios, y muestra que la descendencia de Adán continuó con Set. Al igual que los ángeles, Adán también era “hijo de Dios” porque fue creado (ver Lucas 3:38), y aun con mayor razón, puesto que Adán fue hecho a imagen de Dios (Génesis 1:26-27; 5:1-3). De esta línea familiar de Set se dice lo siguiente: “Entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre del Eterno” (Génesis 4:26), lo cual también podría traducirse “ser llamados *según* el nombre de Dios”. Después, en Génesis 6, vemos “los hijos de Dios” (los descendientes de Set, la línea justa) casándose con “las hijas de los hombres” (las mujeres descendientes de Caín, la línea impía).

También existe una tercera posibilidad, y esta es que la expresión “los hijos de Dios” también pueda traducirse como “los hijos de los dioses”, ya que la palabra hebrea *elohim*, en su forma plural, se puede referir en ciertas ocasiones a los dioses falsos en lugar del Dios verdadero. Según esta explicación, los hombres injustos mencionados como hijos de los dioses (bien sean adoradores paganos o tal vez hombres que se autoproclamaron como semidioses) “tomaron” por la fuerza a algunas mujeres. Esto tal vez sea un ejemplo de la conducta malvada de aquella época.

Sea cual fuere el caso, es evidente que los del problema eran seres humanos, y no ángeles. Dios dijo: “No contendrá mi espíritu con *el hombre* para siempre” (v. 3), y: “Raeré de sobre la faz de la tierra a *los hombres* que he creado” (v. 7). O sea que los gigantes mencionados aquí debieron haber sido seres humanos también, descendientes de Adán

y Eva (ver Hechos 17:26). Esos gigantes fueron destruidos en el diluvio. Pero después del diluvio vendrían otros como ellos, que descenderían, como todos los de la época posterior al diluvio, de Noé, no de los ángeles (ver Deuteronomio 2:20-21; 3:11). Recordemos que Goliat, a quien David derrotó, tenía casi tres metros de altura (1 Samuel 17:4), pero seguía siendo un hombre (vv. 24-25; 33) y no un híbrido humano-demoníaco.

El mundo antediluviano (Génesis 6)

El mundo anterior al diluvio debe ser especialmente interesante para todos los cristianos que viven en los tiempos del fin, porque Jesús relacionó específicamente las condiciones de los tiempos del fin con las condiciones previas al diluvio (Mateo 24:38).

Génesis 6 nos da una descripción del mundo antediluviano, un mundo lleno de violencia, la consecuencia natural de un corazón humano motivado solamente por propósitos malvados. Como nos dice el versículo 5: “Y vio el Eterno que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”. Todas las actitudes y las motivaciones de los hombres eran dominadas por el mal. La intención continua de la humanidad era la búsqueda de propósitos perversos. Como nos dice Proverbios 23:7: “Cual es su pensamiento en su corazón, tal es él”. Y Jesús también fue muy claro: “Del corazón salen los malos pensamientos . . .” (Mateo 15:19). Jesús también nos dijo que a pesar de las horribles perversidades y la evidente degeneración social, las personas de la época de Noé continuaron con su vida normal diaria, “comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento” (Mateo 24:38), aparentemente sin tener en cuenta la miserable condición de su mundo. Esto es lo que hace el pecado; progresivamente lo insensibiliza a uno a las condiciones perversas que lo rodean.

En muchos aspectos, nuestro mundo del siglo 21, frenético y cambiante, se está aproximando al mismo estado del antiguo mundo de Noé. Detengámonos a pensar en nuestras sociedades. La violencia y la depravación están por todas partes, y se aprecian como una clase de diversión y entretenimiento. Nuestros deportes y formas de diversión están llenas de violencia, brutalidad, asaltos y asesinatos. Las noticias diarias están llenas de una escalada de crímenes que no se detiene. Las calles de nuestras ciudades son avenidas de sangre derramada y de robos. El sexo y la sensualidad no sólo están presentes, sino que continuamente nos los ofrecen descaradamente por medio de los personajes más populares, quienes alaban y promueven abiertamente el erotismo y las formas de vida perversas; al mismo tiempo, mujeres semidesnudas le hacen propaganda a todo desde automóviles hasta un seguro de salud. Parejas conviven sin casarse, y gran parte de los matrimonios está destinada al divorcio. A pesar de la “liberación” prometida por la revolución sexual, la violencia contra las mujeres y la miseria de las familias que están a cargo sólo de la mujer, tienen unos índices demasiado altos. El abuso y la explotación de los niños han alcanzado unas cifras espeluznantes. A medida que las condiciones empeoran, las señales que Jesús dijo que aparecerían en los últimos días se vuelven cada vez más evidentes.

Comienza el diluvio (Génesis 7)

Dios le dio instrucciones a Noé para que construyera un arca, una inmensa nave en la que cupieran tanto él como su familia, una pareja de todo animal impuro y siete parejas de todos los animales limpios. La expresión hebrea que aparece en Génesis 7:2 literalmente significa “siete [y] siete” y después aparece la frase “macho y su hembra”. Por cierto, en este pasaje se demuestra que la distinción entre los animales limpios y los impuros estaba vigente mucho antes del pacto del Sinaí, celebrada en la época de Moisés. Las personas sólo podían comer animales limpios, y sólo éstos podían ofrecerse como sacrificio a Dios. De esta forma, es evidente la razón por la que Dios les ordenó llevar en el arca más animales limpios que impuros, además del hecho de que los animales limpios son víctimas con más frecuencia de los depredadores y de que un ecosistema necesita más animales de presa que depredadores para poder subsistir.

Por supuesto, los ateos, incrédulos y eruditos se han mofado de la idea de que el relato del arca sea algo real y verdadero, y argumentan que semejante arca tendría que tener unas dimensiones gigantescas, muchísimo más grandes que las descritas en el Génesis o de las que se podían construir en aquella época. Pero sus críticas están basadas en algunas suposiciones discutibles.

Con frecuencia los críticos afirman que si de cada especie animal debían llevar una pareja en el arca, entonces serían miles de animales los que tendrían que transportar. Pero esto presupone que desde el punto de vista bíblico

cuando se habla de *especie* se está hablando de lo mismo que se llama especie desde el punto de vista científico. Esto no necesariamente es cierto. Cuando en la Biblia se mencionan las *especies* se está hablando de diferentes grupos o clases de animales, pero al hablar desde el punto de vista científico, muchas veces se usa esta palabra para hablar de especies que pueden cruzarse; con esto lo que ocurre es que se pueden obtener muchas especies diferentes que proceden de una sola clase de animales. Pudiera ser que el término bíblico de *especie* corresponda más bien a la clasificación científica de *género*, y así se reduciría enormemente el número de animales que debía ser llevado en el arca. Sabemos, por ejemplo, que todos los perros que existen en la actualidad, desde el diminuto Chihuahua hasta el imponente San Bernardo, los podríamos obtener de una pareja de perros “genérica” utilizando ciertos principios de cruzamiento selectivo. Además, esta objeción no tiene en cuenta que la gran mayoría de animales terrestres son insectos, la mayoría de los cuales tan sólo requieren unos pocos milímetros para subsistir. Por otra parte, los animales terrestres requieren tan poco espacio que, en promedio, un solo metro cúbico bastaría para 23 de ellos. Varios estudios han confirmado que el diseño y las dimensiones del arca eran suficientes para albergar a los animales que debía llevar, y que todavía quedaba espacio suficiente para el almacenamiento de provisiones y las habitaciones de los seres humanos.

El diluvio comenzó en el año 600 de la vida de Noé, el mismo año en el que Matusalén murió. La Biblia nos dice que llovió durante 40 días y 40 noches, y que “las cataratas de los cielos fueron abiertas” (esto lo analizaremos con mayor detalle en el capítulo 9 del Génesis). También nos dice que “fueron rotas todas las fuentes del grande abismo” (7:11). Esto significa que los depósitos subterráneos de agua fueron vaciados, tal vez debido a fuerzas tectónicas. Una de las objeciones más comunes en contra de la historia del diluvio es que no existía agua suficiente para cubrir las montañas, tal como se dice en el versículo 19. Esto parte de la base de que en la actualidad la topografía de la tierra es similar a la que tenía en la época de Noé; sin embargo, las Escrituras nos dan a entender que tal vez esto no sea así. Por ejemplo, Génesis 1:9 nos dice que las aguas de la tierra (es decir, los mares) estaban reunidas en un solo lugar. Esto también parece dar a entender que la tierra era una sola masa. En la actualidad sin embargo, vemos que hay tierra dispersa por todas partes, y que definitivamente las aguas no están en un solo lugar. Tal vez el estado actual de la topografía de la Tierra sea el resultado de un tremendo trastorno geológico que ocurrió durante el diluvio o en algún momento después de éste.

Termina el diluvio (Génesis 8)

Las aguas del diluvio permanecieron sobre la tierra durante 150 días. Leemos que al final de este período Dios hizo que un viento comenzara a soplar y con esto se diera inicio a la evaporación. También dejaron de manar las fuentes profundas, dando a entender que se volvieron a llenar los depósitos subterráneos, tal vez porque las fuerzas tectónicas que originalmente los habían vaciado, ahora invirtieron el proceso. Al final de los 150 días, las aguas comenzaron a retirarse. Dos meses y medio después, las aguas ya habían disminuido considerablemente. Después de otros tres meses, el agua había desaparecido por completo de la tierra, y en cerca de dos meses más, la tierra ya estaba lista para ser habitada.

Leemos que el arca se detuvo sobre los montes Ararat. Algunos han afirmado haber visto un objeto de madera, largo, con forma de caja, que reposa en la cima del monte Ararat en el oriente de Turquía. Se han formado algunas expediciones para ir hasta el lugar en donde supuestamente reposa el arca, y se han recuperado algunas piezas de madera de esa región. Algunos afirman que han visto el arca recubierta de hielo y nieve. Para todos aquellos que tengan curiosidad acerca del monte Ararat, es menester aclarar que la Biblia no nos dice nada acerca del lugar preciso en el que el arca se detuvo. Simplemente dice: “Y reposó el arca . . . sobre los montes de Ararat” (8:4). Esto deja abierta la posibilidad de una extensa zona de posibles lugares, porque Ararat es simplemente el antiguo nombre de Armenia, un territorio que se extiende mucho más allá de Turquía oriental y de Irán occidental. El monte Ararat es tan sólo el sitio tradicional. Recientemente, ha habido un gran interés por una formación parecida a un bote que se encuentra en las montañas *cercanas* al monte Ararat, aunque algunos geólogos la consideran un simple accidente topográfico natural. De cualquier forma, ninguna de estas dos posibilidades ha sido confirmada ni comprobada. Si el arca ha logrado sobrevivir cerca de 4.000 años, sería algo extraordinario. Pero Dios siempre ha requerido la fe para poder aceptar su revelación, y tal vez el poder “abordar” el arca sea demasiado fácil.

El pacto de Dios con Noé (Génesis 9)

Cuando Noé y su familia desembarcaron del arca, liberaron los animales (evidentemente Dios había pacificado los animales y los había vuelto dóciles para que viajaran en el arca). En ese tiempo, Dios delegó al hombre la administración de la pena de muerte. Al mismo tiempo Dios le permitió comer carne (v. 3). Algunos creen ver en esto la prueba de que antes del diluvio la humanidad debía ser supuestamente vegetariana. Sin embargo, Abel sacrificó un animal, y como leemos en el libro de Levítico, parte de la carne de los sacrificios podía ser consumida. Más adelante, el apóstol Pablo explicó que algunos animales, aquellos que en la Biblia son llamados “limpios” (ver Levítico 11; Deuteronomio 14), fueron creados para ser ingeridos como alimento (1 Timoteo 4:3-4). De hecho, ya hemos visto la distinción que se hacía entre los animales limpios e inmundos —es decir, entre los que se podían comer y los que no se debían comer— mucho antes del diluvio, en el capítulo 7 del Génesis. ¿Para qué hacer esta distinción si no se pudieran comer? Así que lo más probable es que simplemente Dios les estuviera diciendo a Noé y a su familia que podían comer carne *nuevamente*, ya que mientras estuvieron *en el arca* no lo podían hacer. Tal vez esto hubiera diezclado considerablemente algunas especies, antes de que éstas pudieran multiplicarse después del diluvio.

Dios también estableció un pacto especial con la humanidad, y prometió que nunca volvería a causar un diluvio universal. Como testigo (o señal) del pacto, Dios “puso” el arco iris en el cielo (v. 13). La palabra hebrea traducida como “puesto”, es *nathan*, que significa *dar*. Esto ha hecho que algunos piensen que el arco iris no existía antes. Si esto fuera cierto, entonces implicaría que Dios tuvo o que modificar las leyes de la óptica, porque el arco iris es el producto de la refracción de la luz a través de las gotas de agua que viajan por el aire, o que tuvo que alterar la atmósfera de la tierra, tal vez removiendo cierta capa de vapor que se encontraba por encima y que antes alteraba la naturaleza de la luz que llegaba a la superficie de la tierra. Esta capa tal vez nos ayude a explicar el hecho de que lloviera durante 40 días y 40 noches, cuando “las cataratas de los cielos fueron abiertas” (7:11-12). Y además esta tal vez fuera “las aguas que estaban sobre la expansión” de Génesis 1:7.

La maldición de Canaán (Génesis 9)

Algunas décadas después del diluvio (un período suficiente para que los hijos de Noé pudieran tener sus propios hijos, y que estos nietos crecieran) Noé se dedicó a cultivar la tierra, cosechó uvas e hizo vino. Luego, él tomó vino, se emborrachó y se quedó dormido en su tienda, en donde según el relato de la Biblia, su desnudez estaba descubierta (esta expresión es usada en Levítico 18 para indicar relaciones sexuales). Cuando Cam, el hijo de Noé, lo descubrió, llamó a sus hermanos, quienes cubrieron a su padre. Cuando Noé despertó, se dio cuenta de lo que había pasado y maldijo a Canaán, el hijo menor de Cam. ¿Por qué? ¿Por qué debería ser maldecido Canaán?

El versículo 24 nos dice que Noé “supo lo que le había hecho su hijo más joven”. Con frecuencia las personas suponen que esto significa que Noé “supo lo que le había hecho su hijo más joven [Cam]”. Pero si Cam hubiera sido culpable de hacer algo malo, sería más lógico pensar que Noé lo hubiera maldecido personalmente, o que si su descendencia debiera ser maldecida, entonces esto se haría extensivo a todos sus herederos, o tal vez al mayor de su familia, en lugar de solamente maldecir a Canaán, el hijo más joven de Cam, y a todos los descendientes suyos. O sea que lo más probable es que Canaán haya sido la persona que hizo algo malo, aparentemente un pecado de naturaleza sexual contra Noé, mientras Noé estaba borracho, y Cam se dio cuenta del hecho. Con esto en mente, podríamos leer el versículo 24 así: Noé “supo lo que le había hecho su hijo [el hijo de Cam] más joven [Canaán]”, sobre todo si tenemos en cuenta que el versículo 23 es como un paréntesis.

Los descendientes de Noé (Génesis 10)

El capítulo 10 del Génesis contiene lo que se conoce comúnmente como la lista de las naciones. Este registro genealógico nombra 70 naciones descendientes de los hijos de Noé. Los israelitas, y los descendientes de Abraham en general, no son mencionados, aunque su ancestro común, Heber, sí se incluye en la lista.

El registro genealógico aparece como una lista de clanes, que típicamente sigue el formato de padre-hijo-nieto, aunque las excepciones no son pocas, y hay listas extendidas (como las que vamos a encontrar más tarde con las listas de los clanes de Israel). El propósito de las listas de los clanes es mostrar las afinidades que existen entre los pueblos parientes. A la cabeza de la lista figura el ancestro común, en este caso Noé. Bajo el ancestro común aparecen las tribus, y bajo las tribus aparecen los clanes pequeños. Mientras más progresamos en la lista del clan, más in-

terrelaciones políticas y culturales hay entre los miembros de las familias más pequeñas. Así, Jafet fue el padre de Gomer, Magog, Madai, Javán, Tubal, Mesec y Tiras. Y todas estas personas eran parientes y compartían ciertos vínculos generales, culturales y políticos. Pero Askenaz, Rifat y Togarma, que fueron descendientes de Gomer, están más abajo en la lista y, por lo tanto, tienen vínculos culturales y políticos más amplios.

¿Tienen alguna importancia para nosotros en la actualidad estas listas? Mientras muchas naciones que aparecen en la genealogía no vuelven a nombrarse en las Escrituras, algunas van a reaparecer en los libros proféticos, y un sorprendente número de ellas son mencionadas en relación con los acontecimientos de los tiempos del fin. Dios parece referirse a las naciones del mundo de acuerdo con estos nombres de clanes familiares, y es interesante observar que la configuración de las naciones en el tiempo del fin que encontramos en los libros proféticos, nos muestra que las naciones se van a agrupar según sus clanes primitivos. Sorprendentemente, estas profecías nos demuestran que el devenir histórico de casi 4.000 años ha alterado muy poco el patrón de las relaciones internacionales.

La rebelión después del diluvio (Génesis 11)

Cuando Noé y su familia desembarcaron del arca, Dios les dijo: “Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra” (Génesis 9:1), y estas palabras nos dan a entender que Dios quería que la gente se dispersara sobre toda la faz de la tierra. Cuando las personas llegaron a Sinar, o Mesopotamia, tomaron una decisión fatal. Decidieron reunirse para construir ciudades grandes, de una forma contraria a lo que Dios se había propuesto originalmente. Dijeron: “Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra” (11:4). Esta declaración es muy elocuente. Nos da a entender que la decisión de construir una ciudad y una torre tenía el propósito de *impedir* la dispersión mundial de la población. La decisión de construir una torre (probablemente parecida a un zigurat o una pirámide) nos indica que la concentración de la población se iba a lograr por medio de proyectos gubernamentales muy estructurados y complejos. La historia nos demuestra que también había una centralización de la autoridad religiosa. La frase “hagámonos un nombre” es una forma idiomática de decir “tengamos poder sobre otros”. Más aún, el hecho de que quisieran construir una torre cuya cúspide llegara al cielo, nos da a entender que ellos no creían en la promesa que Dios había hecho de no volver a enviar jamás otro diluvio semejante, y con esto hacían a Dios un mentiroso. Así, vemos la formación de un centro con poder político y religioso, opuesto a la voluntad de Dios, y el uso de este poder para dominar a otros. Parece que el líder de todo esto fue Nimrod, quien a partir de esto construyó un imperio (10:8-12).

El versículo 5 nos dice que Dios “descendió” para ver la ciudad y la torre. Aparte de su significado literal, cuando Dios dice que “descendió” es con frecuencia una forma de expresar la inminencia de un juicio (ver Génesis 18:21; Éxodo 3:8; 2 Samuel 22:10; Salmos 144:5; Isaías 31:4; Jeremías 21:13). Es una manera de decir cuán serio es lo que está pasando y la forma en que Dios interviene personalmente para dar el castigo merecido. Cuando Dios vio lo que habían hecho, dijo: “He aquí el pueblo es uno, y todos éstos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer” (Génesis 11:6). Una vez más, el hombre había decidido usar todo su intelecto y sus energías para vivir de una forma contraria a Dios. (En nuestra época, el último siglo ha sido un estremecedor testimonio de todo lo que los seres humanos pueden hacer cuando trabajan juntos. Sin Dios, el mal llega a manifestarse; por lo tanto, en medio de los maravillosos adelantos tecnológicos también existe la capacidad de destruir el mundo.) Pero Dios nunca está fuera del cuadro. Para impedir este esfuerzo impío y lograr su propósito de dispersar ampliamente a los hombres sobre la superficie de la tierra, impidiendo con esto que logran un rápido avance tecnológico y desarrollaran armas de destrucción masiva que pusieran en peligro el planeta mucho antes de lo que él tenía planeado, Dios confundió el lenguaje de la humanidad. Y así este lugar recibe el nombre de Babel, la primera Babilonia de la historia. Aparte de esto, tengamos en cuenta que Dios dijo que el pueblo era *uno*, aunque eran muchos; eran una pluralidad en unidad, de la misma forma que *Elohim*, la palabra hebrea para Dios, nos indica una pluralidad en unidad.

El llamado de Abram y las promesas de Dios (Génesis 12)

Génesis 12 nos presenta la historia del llamado de Abraham, quien en esa época era conocido como Abram. Dios le habló a Abram, diciendo: “Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (vv. 1-3). De esta sola promesa se derivan todas las Escrituras. En este el pacto fundamental está la semilla que, al crecer, le da

origen a toda la historia de Israel y a la obra de Jesucristo. (Debemos recalcar que parte de esta promesa se remonta a la época de Adán y Eva, a esa simiente prometida a la mujer, en Génesis 3:15, que sabemos fue una profecía mesiánica.)

Dios prometió a Abram bendiciones físicas y espirituales si él dejaba la casa de su padre e iba adonde Dios lo iba a guiar. De Abram se iba a formar una gran nación, una nación no solamente grande desde el punto de vista de población, sino también una nación bendecida y una bendición para las demás, que gozara de la protección de Dios. Este aspecto de la promesa —la promesa de la grandeza nacional— es absolutamente físico. Pero hay otro aspecto que se encuentra en la frase “serán benditas en ti todas las familias de la tierra” y es un aspecto primordialmente *espiritual*, cumplido en el Mesías, un descendiente de Abram por medio del cual se iba a ofrecer la salvación espiritual a toda la humanidad. Además, la Biblia iba a ser reproducida y distribuida mundialmente por medio de la descendencia de Abram.

El versículo 7 está relacionado con este pacto; en este versículo Dios promete a Abram la tierra de Canaán. Pero debemos entender que el pacto con Abram y esta promesa específica son cosas independientes y distintas, y que el cumplimiento de una de ellas en particular, en alguna época definida, no implica que la otra tenga que ser cumplida en ese mismo instante ni de la misma forma. Sin embargo, en últimas, ellas serán cumplidas total y cabalmente juntas.

En este capítulo que nos muestra una respuesta llena de fe por parte de Abram ante el llamado de Dios, también encontramos otra faceta, y esta es una estrategia *sin* ninguna fe, un engaño que se vuelve en contra de Abram. Aquí podemos ver un patrón que se repite a lo largo de toda la Biblia, la cual en ocasiones es bastante duro con sus héroes al mostrarnos sus debilidades y errores. Dios sabe que nosotros tambaleamos, pecamos, caemos y cometemos errores. Y sin embargo, “él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Dios nos dice que los ejemplos que encontramos en la Biblia han sido escritos “para nuestra enseñanza” y son un ejemplo para nosotros (Romanos 15:4; 1 Corintios 10:11). Si por una parte la Biblia contiene la historia de los pecados y debilidades de muchos hombres y mujeres de fe, también nos muestra con frecuencia los resultados de estos pecados: lo que ellos y otros tuvieron que sufrir como consecuencia de sus pecados. También nos muestra que ellos fueron perdonados cuando se arrepintieron y lograron sobreponerse y vencer, y que Dios los considera justos a ellos, de la misma forma en que nos va a considerar justos a nosotros si nos arrepentimos y vencemos.

Abram y Lot; las promesas se extienden (Génesis 13)

La historia de la separación de Abram y Lot nos da un cuadro muy conciso y definido acerca de Abram y de cómo actuaba con los demás, así como su confianza en Dios. Cuando él y Lot regresaron a Canaán después de estar en Egipto, ambos eran ricos y tenían muchos rebaños y ganados. Pero los pastos y el agua no eran suficientes para ambos, y era inevitable que surgiera una disputa. Cuando el problema se presentó, Abram tomó la iniciativa para resolverlo. Él pudo haber tomado la decisión unilateralmente, siendo el mayor, el patriarca del clan y posiblemente el padraastro de Lot (el padre de Lot había muerto hacía varios años, según lo que nos dice Génesis 11:28). Pero en lugar de esto se comportó con deferencia, respeto y sencillez. No solamente tuvo un acto de buena voluntad y de humildad, sino que también fue un acto de fe, porque Abram confió en que Dios haría que cualquier cosa que pasara como resultado de la elección de Lot, fuera para bien. La motivación de Abram, su fe y su conducta son un ejemplo para todos nosotros.

La motivación de Lot, su fe y conducta también son un ejemplo para todos nosotros, y como los resultados lo demuestran, no son un buen ejemplo. Lot vio las riquezas del valle del río Jordán y decidió morar allí, en las ciudades de la llanura, cerca de Sodoma (v. 12). En el momento de tomar la decisión, él hizo lo que parecía más conveniente desde el punto de vista humano. Sin embargo, cuando volvemos a leer del tema nos damos cuenta de que Lot ya no estaba viviendo *cerca* de Sodoma sino que estaba viviendo *dentro* de la ciudad misma (Génesis 14:12). Más tarde nos damos cuenta de que él se sentaba a las puertas de la ciudad, tomando parte en el gobierno impío de aquella ciudad (19:1). Aunque era un “hombre justo” que se conmovía profundamente con la depravación de la gente de Sodoma (2 Pedro 2:7-8), Lot sin embargo se había corrompido por eso hasta el punto de ofrecer a sus hijas vírgenes para que fueran violadas por la turba enardecida (Génesis 19:8), en lugar de confiar en la protección de Dios (aunque es posible que este ofrecimiento haya sido una mentira, algo para desviar la atención, de todas maneras es evi-

dente la falta de confianza en Dios). Cuando analizamos la vida de Lot, aunque fue liberado junto con su esposa y dos hijas, su vida estaba llena de confusión. Perdió todas sus posesiones cuando Sodoma fue destruida, perdió por lo menos dos hijas casadas que se quedaron en la ciudad (vv. 12-15); luego perdió a su esposa, quien añoraba la forma de vida que tenían en Sodoma (v. 26), y tuvo dos hijos nacidos del incesto con las dos hijas que le quedaban (v. 30). La lección es clara: si seguimos nuestros caminos sin buscar la guía y dirección de Dios, y nos sumimos en un ambiente corrupto, podemos ser seducidos gradualmente por los caminos del mundo y esto nos conducirá inevitablemente a la ruina.

Después de que Abram y Lot se separaron, Dios se le apareció a Abram. Le dijo que mirara a su alrededor, a los cuatro puntos cardinales, contemplando la tierra de Canaán. Como veremos, Dios le aseguró que se la iba a dar a él y a sus descendientes para siempre. Además, Dios expandió sus promesas al decirle a Abram que tendría un gran número de descendientes. Puede ser significativo el hecho de que este incidente ocurriera después de que Abram hubiera expresado su fe en que Dios proveería lo que le hiciera falta, dándole a Lot la oportunidad de escoger primero dónde quería morar.

Abram rescata a Lot; le da los diezmos a Melquisedec (Génesis 14)

Los primeros nueve versículos de este capítulo están llenos de la clase de detalles que los historiadores aprecian mucho. Pero hasta ahora no han servido para ayudar a identificar definitivamente los nueve reyes que se nombran aquí de acuerdo con los registros históricos que han logrado sobrevivir de las ciudades-estado de Canaán y Mesopotamia.

Este capítulo, junto con el anterior, es también interesante por la perspectiva que nos da de la vida de Abram en Canaán. Abram era muy rico; tenía mucho ganado, plata y oro. En la casa de Abram había muchas personas que él había adquirido, bien comprándolas, bien porque se le habían asociado voluntariamente. Pero este capítulo también nos muestra que Abram estaba aliado con los tres jefes cananeos Mamre, Escol y Aner, y que Abram era el que dirigía una tropa de combate de 318 hombres. Abram también parece haber sido diestro en el arte de la guerra. Aunque esto pueda parecer extraño para un hombre de Dios, debemos tener en mente que Canaán no era un lugar de plácidos pastos ni de segura tranquilidad. Los bandidos merodeaban con frecuencia en la región montañosa, había además incursiones en el Néguev procedentes del sur y del este, y las relaciones entre las distintas ciudades-estado algunas veces no eran fáciles. Abram vivía en medio de todo esto.

De hecho, la imagen que muchos tienen en la actualidad de un Abram que simplemente era un pastor nómada, es incorrecta, porque en Génesis 23:6 se nos habla de él como un “príncipe de Dios” entre las personas que habitaban esa tierra. Aunque ciertamente él tenía mucho ganado, debemos verlo más como “un príncipe mercader” que dirigía una caravana muy próspera. De hecho, en los lugares en los que decidió vivir, y que después tanto Isaac como Jacob también los escogieron para morar, eran ciudades importantes situadas en las rutas comerciales. El hecho de que esta fuera su verdadera ocupación tal vez explicaría la razón por la cual José les advirtió a sus hermanos que dijeran que eran pastores, para así quedar separados de los egipcios (46:31-34). Esto no era una mentira desde el punto de vista técnico, aunque el término pastor no describía en su totalidad todo lo que ellos eran. Todo parece indicar que si ellos hubieran dicho todo lo que hacían, habrían sido recibidos en Egipto como gente muy importante, de una alta posición social, tal como Abram había sido recibido antes, hasta el punto de que su esposa Sarai podía ir a la corte de los príncipes del faraón (12:15). José no quería que esto volviera a ocurrir.

Volviendo al pasaje que estamos estudiando, es interesante ver el enfoque que Abram tenía con respecto a su riqueza y su capacidad militar. Después de perseguir y derrotar la confederación liderada por Qedorlaomer y rescatar a Lot, Abram regresó. Cuando regresaba, salieron a recibirlo el rey de Sodoma y Melquisedec, rey de Salem (es decir, rey de Jerusalén o simplemente rey de paz). El hecho de que se mencione que Melquisedec traía pan y vino, ha hecho que algunos creen que estas cosas ocurrieron alrededor de la época de la Pascua. Es interesante notar que a pesar de estar emocionado con su victoria, Abram tenía a Dios presente por encima de todo. Abram le dio a Melquisedec los diezmos (la décima parte) de todo lo que había tomado en la batalla. Y le devolvió todo lo demás al rey de Sodoma, rehusando tomar cualquier recompensa, para que luego nadie dijera que su riqueza era debida a su victoria en lugar de deberse a la misericordia y gracia de Dios.

Hablando del diezmo, la Biblia no dice que los ancestros o contemporáneos de Abram también lo practicaran. Sin embargo, la historia secular nos muestra que era más o menos común en el mundo antiguo. *The Zondervan Picto-*

rial Bible Dictionary (“Diccionario bíblico ilustrado de Zondervan”) nos dice al respecto: “No podemos determinar en qué momento surgió y en dónde se originó la idea de separar la décima parte para pagar tributo a los gobernantes y como ofrendas en cumplimiento de deberes religiosos. La historia nos revela que antiguamente esto existía en Babilonia y también en Persia, Egipto y aun en China. Es muy probable que Abraham ya lo supiera cuando emigró de Ur (Génesis 14:17-20). En la época de Abraham, dar el diezmo ya era reconocido como algo sagrado (Hebreos 7:14)”. De hecho, la *Encyclopædia Britannica* dice que “esta costumbre era casi universal en la antigüedad” (11ª edición, tomo 26, p. 1019). Para que esta costumbre justa fuera tan universal, podemos suponer que Dios le había dado instrucciones a la humanidad acerca de esto, aun tal vez a Adán y Eva.

Pensemos por un momento: ¿Diezmó Abram simplemente para honrar a Dios con una costumbre muy popular de aquella época? ¿O entendía que esta era una *ley* divina, instituida por el Creador? Más adelante Dios dijo, refiriéndose a este patriarca: “Oyó Abraham mi voz, y guardó mi *precepto*, mis *mandamientos*, mis *estatutos* y mis *leyes*” (Génesis 26:5). Esto va en contra de la creencia tan generalizada acerca de que la ley de Dios no entró en vigencia hasta 400 años después, en la época de Moisés. ¿Cuáles *estatutos* guardó Abraham? Es interesante notar que más adelante el pago del diezmo se menciona como un estatuto de Dios (ver Levítico 26:46; 27:30). En lugar de creer que el diezmo es algo inventado por Abram, o algo que él imitó de las costumbres paganas de su época, es mucho más lógico suponer, y más congruente desde el punto de vista bíblico, que Dios le había revelado que diezmar era una obligación sagrada, una ley que debía obedecer.

¿Qué hay acerca de Melquisedec? En este capítulo se encuentra una de las dos referencias que se hacen de él en el Antiguo Testamento. Es llamado rey de Salem (que significa rey de paz, ver Hebreos 7:2) y sacerdote del Dios Altísimo. En Salmos 110:4 se dice que el Mesías que vendrá será hecho sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. En Hebreos se afirma que Melquisedec era “sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de Días, ni fin de vida . . . permanece sacerdote para siempre”, y todavía “vive” (Hebreos 7:3, 8). Esta descripción no puede ser la de un ser humano. Al comparar todos los pasajes que se refieren a Melquisedec, él se nos revela nada menos que como Jesucristo antes de ser encarnado.

Abram confía en las promesas de Dios (Génesis 15)

Una vez más, las promesas que Dios le hizo a Abram eran unas promesas que iban a ser ampliadas. Este es un patrón muy frecuente en el Génesis: una promesa o pacto, seguido por una ampliación.

Los sucesos descritos aquí ocurrieron algunos años después de que Abram hubiera salido de Harán para ir a Canaán, obedeciendo el llamado de Dios. Él todavía no tenía hijos, ni de Sarai ni de ninguna otra mujer. Ahora, años después de que Dios le hubiera hecho la primera promesa, él era un hombre viejo y aún no había ninguna señal de que esta promesa se fuera a cumplir. Pero como dijo el apóstol Pablo al referirse a Abram, alguien que ya era de edad avanzada en la cual ya no era posible esperar tener hijos, “no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto” (Romanos 4:19). Abram tenía confianza en que Dios iba a cumplir su promesa. Él caminó por fe, no por vista; sin embargo, la espera era difícil.

Cuando Dios se le apareció a Abram en una visión y le aseguró protección y recompensa, Abram le recordó a Dios que todavía no tenía un hijo, y que de acuerdo con la costumbre de la época, su mayordomo Eliezer sería su heredero. Dios llevó a Abram afuera, en la noche, para que viera las estrellas, y le dijo: “Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar . . . Así será tu descendencia” (Génesis 15:5). En nuestra época moderna podemos pasar por alto la magnitud de esta promesa; el aire está tan contaminado y las luces de las ciudades oscurecen el claro brillo de los cielos de tal manera que el número de estrellas que podemos contar en una noche es relativamente escaso. Pero si usted tiene la oportunidad de viajar al desierto, o de subir a una montaña, y observar el cielo teniendo en mente este versículo, entonces se va a sentir asombrado. Imagínese cómo se sentiría Abram entonces. Aunque sorprendido, no dudó: “Y creyó al Eterno, y le fue contado por justicia” (v. 6).

La esclavitud y la promesa de la liberación (Génesis 15)

Dios le prometió a Abram que tendría una gran multitud de descendientes, pero también le prometió que ellos serían esclavos durante cierto tiempo, y que después serían liberados con gran riqueza. El período de 400 años que se menciona en el versículo 13 no es el período de su esclavitud. La cronología bíblica nos señala que Israel estuvo es-

clavizado por cerca de 200 años. Los 400 años parecen comprender desde la fecha de la muerte de Abraham hasta el momento en que Israel tomó posesión de la Tierra Prometida (aunque existen otras posibilidades).

¿Por qué tendría que haber una demora para que Israel poseyera la tierra y por qué tendría que estar en servidumbre en un país extranjero? Al menos una de las razones es mencionada específicamente. Dios dijo que la iniquidad de los amorreos, quienes moraban en Canaán, todavía no había colmado la medida, y esto significaba que Dios todavía estaba extendiendo su misericordia sobre ellos, dándoles tiempo para que se arrepintieran. Dios trata de una manera justa con todas las personas, y con frecuencia demora el castigo hasta que la situación llega a su colmo y no muestra ningún indicio de poder mejorar. Pero tal vez otra razón para la demora y la servidumbre era el acondicionamiento o preparación de Israel. Si Israel alcanzara su máximo desarrollo en la Tierra Prometida sin tener que afrontar ningún problema, tal vez hubiera tenido una actitud de autosuficiencia. Para el razonamiento humano, “si todo está bien, ¿quién necesita a Dios?” Pero el hecho de permitir que Israel fuera esclavizado, los humillaría y les haría estar más dispuestos a escuchar. Aunque ellos definitivamente disgustaron a Dios y se rebelaron en contra de él, lo sirvieron más de lo que lo hubieran servido en otras condiciones. Como Dios le dijo a Pablo, “mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Corintios 12:9; Hebreos 11:34). Es más, el hecho de que Israel hubiera sido liberado de la esclavitud y engrandecido después, era algo más fácilmente atribuible a Dios.

La “solución” de Sarai (Génesis 16)

La espera del hijo prometido fue larga y dura. Abram esperó el cumplimiento de la promesa y vemos que sus pensamientos estaban firmemente anclados en esto. Pero todo parece indicar que para Sarai fue más difícil. Ella, como tantas mujeres, quería tener un hijo, y el estigma social de la infertilidad le añadía sólo dolor. En tales condiciones, Abram y Sarai cometieron un desdichado error, que todavía lo estamos sufriendo todos.

Sin lugar a dudas Sarai anhelaba el cumplimiento de la promesa de la misma forma que Abram. Pero sin que hubiera un asomo de ese cumplimiento, ella comenzó a pensar en otras opciones. ¿Acaso Agar no podía tener hijos? ¿Acaso Dios le prometió un hijo a Abram únicamente por medio de Sarai? Tal vez el hijo prometido vendría por medio de Agar. Por otra parte, si esta no fuera la voluntad de Dios, ¿no podría hacerla estéril? Con el razonamiento humano, la impaciencia les inspiró la “solución” del problema: Abram debía tener un hijo con Agar. El hecho de que Abram no se opusiera a esta solución, nos da a entender que no le parecía tan descabellada.

Tal vez en la actualidad nos parezca una forma muy extraña de resolver el problema. Sin embargo, había ciertos factores culturales que apoyaban la decisión de Abram y Sarai. El Dr. Eugene Merrill, en su libro *Kingdom of Priests: A History of Old Testament Israel* (“Reino de sacerdotes: Historia del Israel del Antiguo Testamento”), nos dice lo siguiente: “Ciertas acciones específicas de Abram y de su esposa en Génesis 15 y 16 requieren que tengamos en cuenta las costumbres y leyes que existían en el antiguo Cercano Oriente, especialmente ciertas prácticas . . . que se encuentran descritas en las tabletas de Nuzi [documentos provenientes de la parte norte de Mesopotamia, que datan de la edad patriarcal]. Un ejemplo de ello es la esterilidad de Sarai y lo que ella hizo para tener hijos a pesar de ese problema (Génesis 16:1-6). Ella simplemente le ofreció su esclava Agar a Abram, con la esperanza de ser una madre sustituta, y el hijo de tal unión, Ismael, fue reconocido como el hijo de Abram y Sarai. En los textos de Nuzi se encuentra descrito este mismo procedimiento para una situación parecida” (1987, pp. 38-39).

Y sin embargo Ismael, a pesar de este precedente cultural, claramente no era el hijo de Sarai, ni ante sus ojos ni ante los ojos de Dios, y vinieron los problemas y las dificultades para la familia. Con el tiempo, Ismael llegó a ser el padre de muchos de los pueblos árabes, de tal forma que aún hoy, todavía tenemos que sobrellevar las consecuencias trágicas de la solución de Sarai, que es una de las causas fundamentales del perpetuo conflicto del Cercano Oriente.

La lección debe ser obvia. ¿Qué hubiera ocurrido si simplemente Abram y Sarai hubieran esperado a que Dios resolviera el problema? ¿Tal vez se hubieran evitado tantos conflictos! Tal vez la situación geopolítica de la actualidad fuera completamente diferente, y la amenaza de la guerra no estuviera latente. Debemos vivir con lo que Dios nos provee, confiando en que si nos ha hecho una promesa, la va a cumplir, de la manera justa y en el momento oportuno. El hombre no puede buscar el cumplimiento de las promesas de Dios a su manera. Todo intento en este sentido es vanidad e inevitablemente conduce a la desgracia. Por otra parte, esperar con paciencia a que Dios actúe, sabiendo que él *no puede* mentir, fortalece la fe y el carácter, y evita lo que podrían ser generaciones de conflicto.

Circuncisión; nombres nuevos; futura grandeza (Génesis 17)

Otra vez, las promesas a Abram fueron ampliadas, en esta ocasión hasta incluir una multitud de naciones y reyes. Como señal de este pacto con los descendientes de Abram, Dios ordenó la circuncisión, una señal visible en la carne de todo varón israelita que fuera parte de la familia con la que Dios tenía una relación especial y para la que Dios había designado una misión especial. Todo varón debía ser circuncidado al octavo día de nacido. Es interesante notar que el nivel de vitamina K (el principal factor para la coagulación de la sangre) en los niños recién nacidos experimenta un notable incremento a partir del momento del nacimiento, hasta alcanzar su máximo nivel en el octavo día; después, vuelve a declinar hasta alcanzar el nivel normal. Es probable que ni Abram ni los israelitas supieran esto, pero Dios sí lo conocía muy bien.

En Génesis 17 encontramos el cambio de nombres de Abram y Sarai. Hasta Génesis 16 encontramos en las Escrituras los nombres recibidos al momento de su nacimiento: *Abram*, que significa “padre exaltado”, y *Sarai*, que significa “princesa”. Pero en Génesis 17 Dios les da nombres nuevos. *Abraham* significa “padre de una multitud” y *Sara*, que sigue reteniendo el significado de “princesa”, pero con un grado mayor de honor (es derivada de la misma palabra que aparece en Isaías 49:23, traducida como “reina”). Es interesante notar que los nuevos nombres difieren de los antiguos Abram y Sarai por la adición de una sola letra en hebreo, la letra *he*, que al pronunciarse suena parecido a una respiración, a una expulsión corta de aire, y con frecuencia es símbolo del Espíritu Santo. Aunque tal vez no sea muy significativo este hecho, el convertirse en una nueva persona y ser circuncidado es una representación de la conversión espiritual. De cualquier forma, no sabemos con seguridad si Abraham y Sara recibieron el Espíritu Santo en ese momento; de lo que sí estamos seguros es de que en algún momento lo recibieron (ver 1 Pedro 1:11) porque ellos van a estar en el Reino de Dios, y sólo los convertidos podrán recibir tal honor (Romanos 8:9, 11).

En este capítulo también es interesante la alusión que se hace a la futura grandeza nacional. Mientras las bendiciones nacionales fundamentales debían venir por medio de Isaac, Dios prometió que iba a hacer a Ismael una gran nación también (Génesis 17:19-21; 21:18). Ismael se convirtió en el padre de muchas naciones árabes, y el mundo ha visto un período de grandeza nacional árabe. El escritor norteamericano Louis L'Amour describió este período en su novela llamada *The Walking Drum* (“El tambor andante”), cuyo escenario transcurre en la Europa y el Asia del siglo 12: “En los 100 años que siguieron a la muerte de Mahoma en el 632, los árabes lograron llevar la espada del islam desde el océano Atlántico hasta el océano Índico, llegando a controlar la mayor parte de España, parte del sur de Francia, la isla de Sicilia, todo el norte de África y Egipto, toda Arabia, la Tierra Santa, Armenia, Persia, Afganistán y casi un tercio de la India. El imperio de los árabes fue más grande que el de Alejandro Magno o el de Roma . . . Con el chispazo de grandeza, los árabes llevaron la antorcha de la civilización por más de 500 años” (1984, pp. 171-172).

Consideremos ahora lo que esto iba a implicar para los descendientes de Isaac. Si para Ismael convertirse en “una gran nación” implicaba que su imperio iba a ser más grande que el de Roma, y preservaría la civilización durante la edad del oscurantismo en Europa, entonces consideremos lo que estaba reservado para los descendientes de Isaac, quienes serían unas grandes naciones y heredarían mayores bendiciones aún. ¿Han sido los judíos quienes han recibido semejante grandeza y honor? No. Aun en la actualidad, el territorio nacional árabe es muchísimo más grande que la tierra del moderno Estado de Israel, en una proporción de 540 a 1. Sin embargo, las increíbles promesas de Dios se han cumplido, tan sorprendente como parezca, en los descendientes modernos del patriarca José: el Imperio Británico y los Estados Unidos de América.

Una lección de servicio (Génesis 18)

Los pecados de Sodoma, Gomorra y de otras ciudades de la llanura eran muy grandes y el clamor de ellos llegó a los oídos de Dios y él “descendió” para tomar cartas en el asunto. La historia de la visita de Dios a Abraham también nos revela mucho acerca del carácter de este patriarca.

Mientras Abraham estaba sentado a la sombra de su tienda, vio que tres hombres se acercaban. Los sucesos subsecuentes nos muestran que eran el Cristo antes de ser encarnado y dos ángeles. En aquellos días existía la costumbre de que se debía tratar bien a cualquier visitante que se apareciera por la tierra de uno. De hecho, esta costumbre todavía está vigente entre los nómadas beduinos del Cercano Oriente. El hecho de no dar la bienvenida al visitante y no proveerle nada, era un insulto, y el hombre que hacía esto se consideraba de carácter miserable. Así que cuando

Abraham, un hombre de 99 años de edad, vio a los hombres, “salió corriendo a recibirlos, y se postró en tierra” (v. 2).

Con respecto a Génesis 18:2-3, en una fuente de consulta leemos lo siguiente: “El autor de Hebreos usó este pasaje para promover la hospitalidad a los extranjeros, “porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles” (Hebreos 13:2). La expresión de Abraham: *Señor*, nos sugiere que él sospechaba de la identidad de los visitantes, pero que tal vez no estuvo completamente seguro hasta que más tarde comprendió todo el significado del suceso” (*Nelson Study Bible* [“Biblia de estudio de Nelson”]).

Cumpliendo con su deber social (aunque tal vez hizo más de lo que se esperaba de él), es interesante ver lo que Abraham dijo y compararlo con lo que realmente les dio. Él dijo: “Que se traiga ahora un poco de agua, y lavad vuestros pies; y recostaos debajo de un árbol, y traeré un bocado de pan . . .” (vv. 4-5). Pero veamos lo que Abraham en realidad le dijo a Sara que debía preparar: no solamente un poco de agua y un bocado de pan, sino que le dijo que amasara tres medidas de flor de harina e hiciera panes cocidos debajo del rescoldo, un becerro tierno y bueño, mantequilla y leche. Era bastante comida, ¡de hecho un verdadero banquete! De esto los rabinos tienen un dicho: Promete poco y entrega mucho.

Abraham razona con Dios (Génesis 18)

El relato de la conversación que Abraham sostuvo con Dios acerca del destino de Sodoma y Gomorra nos revela mucho acerca de Dios y de Abraham. Como mencionamos antes, la palabra *descender* indica con frecuencia la naturaleza grave y decidida de la intervención personal de Dios, usualmente en juicio. Que Dios mismo haya decidido dejar el cielo y venir a realizar una inspección muestra su diligencia en administrar justicia, así como su cercana participación en los asuntos del hombre. Y el hecho de que estuviera listo para cambiar su sentencia si tan sólo encontrara 10 habitantes justos, nos muestra su gran misericordia. Aún más, el hecho de que Dios revelara sus intenciones a Abraham nos demuestra que él desea cultivar una relación con su pueblo. Dios está interesado en *nuestras* opiniones y está dispuesto a conversar con nosotros. Podemos hablarle a Dios por medio de la oración. Jesús dijo: “Pedid, y se os dará” (Mateo 7:7). Dios escucha y responde a nuestras oraciones. Él algunas veces hasta cambia sus planes en respuesta a nuestras plegarias. Es interesante que al revelarles sus planes de Abraham, quien más tarde es llamado profeta (Génesis 20:7), nos trae a la mente Amós 3:7, que dice: “No hará nada el Eterno el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas”.

En el relato también vemos reflejado el carácter y la naturaleza de Abraham: podía ser audaz con Dios, generoso con sus huéspedes y misericordioso incluso con aquellos pecadores que habitaban en Sodoma y Gomorra.

Los pecados de Sodoma y Gomorra (Génesis 19)

Sodoma había ejercido una clara influencia corruptora en Lot y su familia. Tratando de salvar a sus desconocidos huéspedes, Lot le ofreció a la turba enfurecida sus hijas vírgenes. Por supuesto, es posible que esto fuera una treta para darles a sus huéspedes la oportunidad de escapar. Sin embargo, el solo hecho de dirigir la atención hacia sus hijas las puso en un grave peligro. Lo que está claro es que Lot no estaba confiando en Dios. Es interesante notar que aparentemente Lot tenía por lo menos otras dos hijas que estaban casadas (v. 14). Pero estando sujetas a la autoridad de sus incrédulos esposos, no lograron escapar de la destrucción de la ciudad.

La depravación de Sodoma y Gomorra, y de las otras ciudades de la llanura, quedó plenamente confirmada con la visita de los dos ángeles. Cuando se habla de “Sodoma y Gomorra” muchos identifican su pecado como el de la homosexualidad. Pero este no era su único pecado. El profeta Ezequiel nos dice que Dios incluye entre sus pecados “soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad, y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso. Y se llenaron de soberbia, e hicieron abominación delante de mí” (Ezequiel 16:49-50). Al analizar el ejemplo de humildad y de servicio diligente que dio Abraham con los visitantes que recibió en Génesis 18, podemos ver que cuando Ezequiel condena a Sodoma y Gomorra, lo hace porque habían transgredido los límites básicos de la moralidad y las costumbres sociales. Todo su sistema de vida estaba lleno de autoexaltación y de indulgencia, indiferencia hacia los demás e injusticia social.

Analicemos por un momento nuestras sociedades modernas. Nunca habíamos sido más ricos, ni habíamos tenido más opciones lujosas para satisfacer nuestras necesidades. Pero al mismo tiempo, estamos llenos de pobreza, de

personas que no tienen hogar, con policías corruptos, leyes injustas, cortes más preocupadas por seguir los procedimientos y defender los derechos de los criminales que por la aplicación de la justicia, con sistemas y costumbres sociales que violan la ley de Dios. Aunque nos parezca difícil de creer, incluso muchas de las prácticas religiosas de las iglesias no son nada distinto de una forma moderna de antiguas costumbres paganas, las cuales Dios condena tajantemente en las Escrituras. Mientras Dios desea que la humanidad se arrepienta —que humildemente se vuelva a él y viva de acuerdo con su camino de vida— tendrá que “descender” nuevamente para juzgar lo que va a ocurrir a gran escala. Sin embargo, Dios es lento para la ira y abundante en misericordia; ¡esto es algo que debemos agradecer profundamente!

Abraham y Abimelec (Génesis 20)

En este capítulo encontramos el segundo incidente en el que Abraham dice que Sara es su hermana. La primera vez que esto ocurrió fue con el faraón egipcio en Génesis 12; ahora, en Génesis 20, hace otra vez lo mismo con otro gobernante, Abimelec. Si bien es cierto que en ninguno de los dos casos era una absoluta mentira, ya que Sara era su media hermana, sin embargo, la intención que tenía hacía de esto un engaño absoluto. Es interesante notar que en ambos casos sus planes se desbarataron. Repetir el mismo error no es algo inusual en los seres humanos. Algunas veces necesitamos repetir muchas veces el mismo error antes de aprender la lección. Como cualquier otra persona, Abraham y Sara tenían que crecer en fe. Algunas veces pensamos que nuestra propia “prudencia” es compatible con la fe, cuando de hecho no es así. Tal vez eso era lo que ocurría con esta acción de Abraham y Sara. De cualquier forma, este acontecimiento nos reafirma que Dios protege a su pueblo a pesar de sus debilidades o de los giros imprevistos en las circunstancias. Todos cometemos errores y hacemos malas elecciones. Pero en definitiva, Dios hará que todas las cosas sean para nuestro bien (Romanos 8:28).

El nacimiento de Isaac (Génesis 21)

Finalmente, después de 25 años, ¡Dios cumplió su promesa y les dio un hijo y heredero a Abraham y Sara! La espera había sido difícil, algunas veces frustrante, otras desalentadora. Pero de acuerdo con su palabra, Dios hizo justo lo que había prometido, y justo en el momento en que había dicho el año anterior (18:10, 14).

Pero el nacimiento del hijo prometido no trajo todo el gozo y paz que ellos habían esperado. En lugar de esto, el fruto del intento de Abraham y Sara por cumplir la promesa de Dios por medio de Agar, ahora se estaba volviendo gravoso. Los conflictos aparecieron en la familia a medida que Sara luchaba por asegurar la preeminencia de Isaac y se resentía por el amor que Abraham sentía por Ismael su otro hijo. Aunque la narración es relativamente breve, parece que las tensiones en la familia se habían estado aumentando durante cierto tiempo. El mal trato que Ismael le dio a Isaac fue tan sólo la gota que rebosó la copa.

Abraham estaba muy perturbado con todo esto. Él amaba a Ismael de verdad (17:18; 21:12) y probablemente hizo todo lo posible por mantener la paz en la casa, pero no había forma. En estas circunstancias, Dios le dijo a Abraham que obedeciera las palabras de Sara. Si Sara tenía derecho a sentir y a actuar como lo hizo no es el punto principal; para Dios era necesario que Ismael se separara de su familia.

Al pedir la separación, Dios le reafirmó a Abraham que Ismael sería bendecido, “porque es tu descendiente” (v. 13). En otras palabras, aunque Dios no estaba obligado a bendecir a Ismael, lo hizo por su amor a Abraham y porque Abraham amaba a Ismael. Debido a que Dios nos ama y nosotros amamos a otros, por nuestro bien él algunas veces extiende su amor y protección y bendiciones a aquellos que amamos. Esto es algo que se explica específicamente en 1 Corintios 7:14, en donde el apóstol Pablo nos dice que un cónyuge incrédulo es santificado por el creyente, como una extensión del amor que Dios siente por nosotros. Así, aunque estemos separados del mundo por el plan y el llamado de Dios, sin embargo, tenemos la seguridad de que por haber sido apartados por Dios, aquellos seres amados que todavía no se han convertido, con frecuencia compartirán ciertas demostraciones de la gracia de Dios.

En este contexto también debemos recalcar la clase de problemas que tendremos que afrontar si nos apartamos de lo que Dios nos dice acerca del matrimonio: que un hombre y una mujer deben unirse de por vida en una relación amorosa y monógama (Mateo 19:5-6). Como hemos estudiado en el ejemplo de Abraham, Sara y Agar, aquí en el capítulo 21 y anteriormente en el capítulo 16, las relaciones contrarias al modelo de Dios tan sólo nos causan problemas, dificultades, celos, amargura y miseria. Veremos además cómo estos problemas también estuvieron presentes en la vida de Jacob, el nieto de Abraham. Estos problemas tan difíciles debieran ayudarnos a recordar las conse-

cuencias trágicas que tendremos que afrontar si es que decidimos hacer caso omiso de las leyes e instrucciones de Dios.

El ofrecimiento de Isaac (Génesis 22)

El ofrecimiento de Isaac es una de las historias más conocidas en la Biblia. De hecho, se ha convertido en un sinónimo de fe y de obediencia.

¿Por qué Dios necesitaba probar a Abraham? La respuesta está implícita en el versículo 12: “Porque ya conozco que temes a Dios”. Como hemos mencionado anteriormente, el Génesis maneja varios temas recurrentes. Dos de esos temas son la soberanía de Dios y el sometimiento a él. ¿Temía *realmente* Abraham a Dios? ¿Era ese temor un profundo respeto por lo que él es, por su divino poder y su gran propósito? ¿Creía y confiaba de verdad en él con todo su ser? ¿O le obedecía Abraham simplemente por algunas recompensas inmediatas que Dios le daba por su obediencia? ¿Lo obedecería Abraham aun si las circunstancias le fueran muy adversas? La obediencia no es en sí misma, ni por sí misma, una prueba de amor o de sometimiento. Uno puede obedecer simplemente por temor o por buscar una recompensa material. ¿Cómo podría saber Dios? Era necesaria una prueba.

¿Qué estaría pensando Abraham? Él no se demoró en obedecer (se levantó temprano al día siguiente), pero a medida que él e Isaac viajaban hasta la tierra de Moriah, su mente debe haber estado pensando muchas cosas. Hebreos 11:17-19 nos permite saber algunos de sus pensamientos: “Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir”. Abraham sabía muy bien que Dios podía levantar a Isaac de la muerte y así cumplir la promesa que le había hecho de que su principal línea de descendencia sería por Isaac y no por ningún otro hijo. A medida que se acercaba a Moriah, él iba reafirmando en que podía contar con Dios. Pensaba en las promesas de Dios, en su integridad, en su carácter, y al sumar todos estos factores llegó a la conclusión de que Dios tendría que resucitar a Isaac. ¡La fe de Abraham estaba basada en un análisis serio de *lo que Dios era!*

La confianza de Abraham podemos verla en Génesis 22 cuando les dice a sus siervos: “Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y *volveremos a vosotros*” (v. 5). ¡Les dijo que él e Isaac iban a regresar! De hecho, Abraham estaba profundamente convencido de esto. Su decisión y voluntad al ponerle el cuchillo en la garganta de Isaac probó tanto su obediencia como su fe, y además demostró que su fe era una fe basada en el sometimiento a la autoridad de Dios y *no* en el deseo de obtener alguna recompensa.

Pero Abraham no fue el único que fue probado. También parece que Isaac fue probado. ¿Se sometería a las aparentemente locas intenciones de su padre? ¿Se rebelaría en contra de su padre? La respuesta de Isaac fue la de simplemente someterse. No existe el menor indicio de resistencia por parte de él; al parecer, ni siquiera dijo una palabra en contra de lo que pasaba. La obediencia incondicional y el sometimiento voluntario de Isaac prefiguraban la relación que Jesucristo tuvo con Dios. Jesús nunca se opuso a la voluntad del Padre. Aunque su muerte sería humillante y dolorosa como ninguna otra, Jesús estaba absolutamente decidido a hacer la voluntad del Padre. Dijo: “No sea como yo quiero, sino *como tú*” (Mateo 26:39, 42).

Pero Abraham e Isaac no eran los únicos que estaban siendo probados. Dios también le estaba permitiendo a Abraham que lo probara *a él*. ¿Faltaría Dios a su palabra? Abraham había conocido a Dios por más de 30 años. Se había ido de su tierra y de sus familiares. Había guardado las leyes de Dios, sus estatutos y ordenanzas; incluso había hablado con él respecto a Sodoma y Gomorra. Abraham conocía a Dios, o al menos eso creía. Ahora Abraham tenía que enfrentarse a algo más. Durante tres días, Abraham consideró lo que se le había pedido que hiciera, y *quién* se lo había pedido. Durante tres días estuvo analizando y pensando. El punto central era: si Dios es Dios, entonces, él *tiene* que cumplir su promesa. *Cómo* iba a cumplirla era otra cosa. Pero finalmente, Abraham realmente llegó a conocer a Dios y sabía que él siempre cumplía su palabra.

La muerte de Sara (Génesis 23)

Sara murió a la edad de 127 años. Ella había vivido para ver a Isaac de 37 años. Ahora Abraham debía buscar un lugar para enterrar a su esposa. Estas negociaciones están registradas en este capítulo, muy pintoresco y descriptivo, lleno de detalles y de precisión cultural.

En cierta época los eruditos dijeron que los heteos (descendientes de Het, mencionado en Génesis 10:15) eran ficticios porque ni los arqueólogos ni los historiadores pudieron encontrar rastro de ellos fuera de la Biblia. Esto, a sus ojos, quería decir que la Biblia también era ficción. Pero después vinieron los revolucionarios descubrimientos arqueológicos que no solamente demostraron que los heteos no eran imaginarios, sino que gobernaban un imperio grande y poderoso cuyo centro de operaciones estaba en lo que actualmente se conoce como Turquía, pero que también se extendía hacia la parte alta de Mesopotamia, y hacia el sur a la costa oriental del Mediterráneo y en una época hasta Egipto. Gran parte de la información que tenemos de los heteos proviene de lo que se conoce como tabletas cuneiformes en las cuales se encuentran detalladamente registradas las operaciones comerciales. Estas tabletas muestran que los heteos otorgaban títulos de propiedad de la tierra en los que constaba el número específico de árboles que tenía el terreno —tal como lo leemos en el versículo 17— un pequeño detalle que nos confirma la veracidad del relato del Génesis.

Lo que sucede, y el diálogo entre Abraham y los heteos, es un vívido retrato no sólo del comportamiento personal de Abraham, sino también de las complejas normas que regían las interrelaciones en la cultura del Cercano Oriente. Al hablarles a los miembros del consejo de los hijos de Het, Abraham se llama a sí mismo extranjero y peregrino. La palabra traducida como “extranjero” es *ger*, término se refería a lo que hoy llamaríamos extranjero residente e implica una dependencia sumisa al anfitrión. El hecho de que Abraham se presentara ante el consejo en estos términos, cuando ellos mismos pensaban que él era “un príncipe de Dios entre nosotros”, nos demuestra tanto su humildad como la importancia de esta conducta humilde como costumbre cultural. La actitud respetuosa de Abraham se ve reafirmada cuando en dos ocasiones él se inclinó delante de ellos.

El diálogo entre Abraham y Efrón nos permite tener una clara perspectiva de lo que es una transacción comercial en el Cercano Oriente. Abraham le pide al consejo de los hijos de Het: “Interceded por mí con Efrón hijo de Zohar” (v. 8) y para hablar de sí mismo usa la palabra *ger*, símbolo de humildad y sometimiento. En efecto, Efrón estaba sentado delante de Abraham (v. 10), pero para mostrar su deferencia y respeto Abraham no se dirigió a él directamente. Ahora comienzan las negociaciones.

Aunque la conversación no aparece como un regateo por el precio, en realidad lo fue. Lo que pasa es que se hizo de tal forma que cada parte interesada proyectara una imagen de justicia y de generosidad. Efrón, con gran dramatismo, le imploró a Abraham que tomara el terreno sin darle a cambio ningún dinero, un ofrecimiento que él esperaba que Abraham no aceptara. De hecho, en aquella época, Abraham *tenía* que rechazarlo. Debemos notar, sin embargo, que Abraham solamente había solicitado el lugar del sepulcro, que se hallaba al final de la propiedad de Efrón. La respuesta de Efrón fue la de que si Abraham quería el lugar del sepulcro tenía que comprar también el lote de tierra. En respuesta, Abraham le dijo que sí compraba la tierra, pero no dio ningún precio; esto hubiera sido muy descortés de parte de Abraham porque hubiera puesto a Efrón en la posición de que si no le gustaba el precio, iba a aparecer como un hombre que estaba tratando de aprovecharse de un doliente. Efrón trataba de mostrarse magnánimo y dio un precio que en realidad era un poco alto, aunque dijo que era una suma insignificante.

Normalmente, Abraham hubiera procedido a hacer una “generosa” oferta, un poco menor del precio estipulado por Efrón, haciendo que éste tuviera que bajar el precio. Este regateo hubiera continuado hasta que los dos llegaran a un precio satisfactorio para ambos. Pero en estas circunstancias, Abraham simplemente decidió pagar el primer precio que Efrón le fijó. Tal vez quería mostrar delante de todos los testigos que estaba adquiriendo la propiedad por un precio más que justo. Sin lugar a dudas, él quería tener el derecho de la tierra de todos modos, y que no hubiera ninguna duda acerca de sus derechos. Cuando terminaron las negociaciones, Abraham adquirió la propiedad en donde estaba el sepulcro. Curiosamente, con todas las promesas que Dios le había hecho a Abraham, esta es la única vez que la Biblia muestra a Abraham comprando un pedazo de tierra.

Una esposa para Isaac (Génesis 24)

Pasaron tres años desde la muerte de Sara. Abraham tenía ahora 140 años e Isaac tenía 40. Sintiendo los rigores de su edad y presintiendo que tal vez le quedaba poco tiempo, Abraham comenzó el proceso de adquirir una esposa para su hijo. Los matrimonios planeados eran algo común en aquella época, pero en casi todas las culturas modernas esto ha pasado de moda. Pero en los días de Abraham, uno de los principales deberes del padre era el de asegurarse que sus descendientes, y especialmente sus hijos, escogieran un cónyuge adecuado.

El seleccionar una esposa para el hijo, y especialmente para el primogénito, el que ocuparía la posición de jefe de la familia, era algo muy serio. Debía ser escogida la esposa correcta para garantizar la continuidad de la estabilidad y la prosperidad de la familia. En algunos casos el mismo padre era el encargado de negociar la adquisición de la novia, pero en otros casos había un intermediario (llamado *malach*, ángel o mensajero en hebreo). Abraham ahora era viejo, así que le confió esta responsabilidad al mayordomo de su casa, identificado como “el más viejo de su casa, que era el que gobernaba en todo lo que tenía” (v. 2). Lo más probable es que este fuera Eliezer, mencionado por Abraham en Génesis 15:2-3 como su heredero antes de que tuviera un hijo, aunque también es posible que para este tiempo ya Eliezer hubiera muerto. De cualquier forma, Abraham le hizo prometer solemnemente que iría a la tierra de Abraham, a la ciudad de Nacor en el norte de Mesopotamia, para seleccionar una esposa de entre sus parientes. Le prohibió estrictamente que se llevara a Isaac con él.

Hay muchos paralelos entre la selección de la esposa de Isaac y la selección de la esposa para Jesucristo, o sea la iglesia (Efesios 5:22-33). Abraham es considerado como un tipo de Dios el Padre, y es llamado el padre de todos los creyentes (Romanos 4:11). Isaac es un tipo de Cristo, un hijo nacido según la promesa, cuyo nacimiento fue profetizado y su concepción algo milagroso. El papel del siervo prefigura el papel del Espíritu Santo. De hecho, si el siervo todavía era Eliezer, con mayor razón se ajusta a lo que estamos diciendo, porque su nombre significa “Dios es su ayuda”. (Desde luego, toda analogía es imperfecta. En esta comparación el defecto está en el hecho de que el Espíritu Santo no es una persona ni un agente independiente que tome decisiones propias.) Así, tendríamos al Padre enviando su Espíritu para elegir y preparar a la esposa para su Hijo. La novia recibe regalos del representante del Padre (Efesios 4:8; Romanos 11:29; 1 Corintios 12), y acepta casarse con alguien que nunca ha visto (1 Pedro 1:18); comienza el viaje con ese representante (el viaje por la vida con el Espíritu como guía), es traída al Hijo (Apocalipsis 19) y se instala en la tienda de Sara (cuyo nombre significa “Princesa”), donde el matrimonio es consumado (un tipo de la unión espiritual, 1 Corintios 6:16-17). Conviene mencionar que los siervos humanos (ministros) de Dios también ayudan a traer la novia a Cristo. El apóstol Pablo les escribió a los cristianos de Corinto: “Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (2 Corintios 11:2). Por medio de los siervos de Dios, los que él llame reciben ayuda e instrucción.

Desde Abraham hasta Jacob (Génesis 25)

En este capítulo encontramos una rápida transición desde Abraham hasta Isaac, cuya vida está descrita sin muchos detalles. La narración del Génesis está centrada en Abraham, Jacob y José, con la historia de Isaac utilizada como un breve intermedio entre las vidas de Abraham y Jacob. De hecho, la mayor parte del relato acerca de Isaac sirve como preludeo a la vida de Jacob.

El capítulo comienza con una lista de los descendientes de Abraham y de los hijos que tuvo con su última esposa, Cetura. Los descendientes de muchos de sus hijos aparentemente son algunos de los pueblos de Europa oriental y del Cercano Oriente. A continuación sigue la lista de los descendientes de Ismael, la mayoría de los cuales viven en algunos países del Cercano Oriente. La lista de Isaac comienza en el versículo 19 y pasa inmediatamente al relato acerca de sus hijos Esaú y Jacob. Como podemos ver, el propósito de este capítulo es hacer una distinción entre los hijos de Abraham, con la historia de la línea de descendencia que pasa a través de Isaac hasta Jacob, el padre de los israelitas. Al comparar las edades de los patriarcas, es interesante notar que a pesar del orden de los versículos, Abraham fue contemporáneo de Esaú y Jacob por espacio de 14 años (ver Hebreos 11:9).

El relato de Génesis 25 continúa con la historia de los acontecimientos que rodearon el nacimiento de Esaú y Jacob. El tema fundamental de esta narración acerca de los dos hijos es la competencia por la supremacía. Aun en el vientre de su madre, Esaú y Jacob pelearon, y esto continuó durante toda su vida, y está presente en las historias de las naciones que descendieron de ellos.

Es importante notar que Esaú era “diestro en la caza, hombre del campo”, en tanto que Jacob era “varón quieto, que habitaba en tiendas” (v. 27). Esta descripción tiene el propósito de darnos un contraste definitivo entre los dos hermanos. La mención de que Jacob era un hombre que habitaba en tiendas, pretende mostrarnos que él era una persona más refinada y civilizada que su hermano mayor. El hecho de que Jacob morara en tiendas, mientras que a su hermano le gustaba cazar en el campo, nos indica que a Jacob le interesaban más los asuntos de la familia y los negocios. Jacob también era un hombre *astuto* y *mañoso*, que podía *manipular* a las personas para obtener lo que que-

ría. Este rasgo de carácter le iba a causar muchos años de dolor y de problemas antes de sacarlo completamente de su ser.

La compra de los derechos de primogenitura está documentada en varios contratos encontrados entre el pueblo que habitaba en esta región, así que las acciones de Jacob pueden ser analizadas a la luz del precedente cultural. El hecho de que Esaú tuviera en tan poca estima su primogenitura es otro elemento de la historia que nos muestra el marcado contraste que existía entre los dos hermanos. Por lo menos Jacob estaba consciente de su gran valor, y su trato con Esaú nos muestra que era más entendido para los negocios. Al hablar del hecho de que Esaú hubiera vendido su primogenitura por pan y un guisado de lentejas, la Biblia nos dice que era una persona *profana* (Hebreos 12:16), y el apóstol Pablo también usa la frase “cuyo Dios es el vientre” (Filipenses 3:19) para referirse a las personas que tienen sus corazones y sus mentes en las cosas físicas, y tienen tergiversada la importancia de ciertos principios y conductas; esa clase de personas son profanas y muestran claramente cuál es su dios. En estos casos se pierde el sentido de la realidad espiritual y se hereda una maldición en vez de una bendición.

Isaac y los filisteos (Génesis 26)

Como sucedió en los días de Abraham, la tierra de Canaán experimentó nuevamente la sequía y el hambre. Isaac recordó el ejemplo de su padre, y viajó con la intención de ir a Egipto, en donde se podía encontrar alimento, ya que la tierra se mantenía fértil por la inundación anual del Nilo. Su viaje lo llevó hasta la ciudad filistea de Gerar, en el sur, cuyo rey tenía el mismo título hereditario de Abimelec (que significa “rey paterno” o “mi padre es rey”). Por esto, varios reyes ostentaron el título de Abimelec, como ha sido ampliamente comprobado por los descubrimientos arqueológicos.

El versículo 2 nos dice que Dios le dijo a Isaac: “No descendas a Egipto; habita en la tierra que yo te diré”. Esto implica que, en general, Dios dirigía los movimientos de Isaac, porque si Dios tan sólo quisiera que Isaac se quedara donde estaba, le hubiera dicho simplemente: “Habita en la tierra” y hubiera omitido “en la tierra que yo te diré”. Esta última frase implica una guía continua. Esto es interesante porque sabemos que cuando Abraham iba hacia Canaán, salió “sin saber adónde iba” (Hebreos 11:8), y que Dios le había dicho: “Vete de tu tierra . . . a la tierra que te mostraré” (Génesis 12:1), lo que implica que aunque Abraham sabía que se dirigía hacia Canaán, no sabía si iba a permanecer allí o si Dios lo iba a guiar hacia otra parte. El viaje de Isaac a Egipto fue detenido por la intervención directa de Dios; por el momento, Dios sólo le dijo que debía permanecer en la tierra de Canaán (v. 3).

En los capítulos 12 y 26 del Génesis vemos cómo Dios repite el patrón de ordenarle a su siervo (Abraham e Isaac, respectivamente) que fuera a una tierra que le iba a mostrar, y que esto fue seguido a continuación por la celebración o confirmación del pacto con Abraham. La Biblia tiene varios ejemplos de esta clase de acontecimientos; a medida que la leamos debemos estar atentos para saber distinguirlos. Un ejemplo de esto es cuando Abraham e Isaac negaron a sus esposas, en ambos casos ante un rey que se llamaba Abimelec (Abraham también lo hizo con el faraón, en Génesis 12). Estos acontecimientos que se repiten han hecho que algunos supongan que el Génesis está compuesto de varias tradiciones diferentes y contradictorias; en este caso, una tradición afirma que Abraham negó a su mujer y otra tradición muestra a Isaac negando a su esposa. La verdad es que aquí no hay tradiciones contradictorias. Abraham e Isaac hicieron lo mismo; el hijo imitando al padre, tal vez por las mismas razones.

Aunque los incidentes con Abraham ocurrieron antes del nacimiento de Isaac, probablemente Isaac oyó hablar acerca de ellos y tal vez percibió que se trataba de algo aceptable. En el caso de Isaac, él no tenía la misma excusa de su padre, que su esposa era su hermana. Esto era una mentira absoluta (aunque tal vez podría argumentarse que una pariente muy cercana podría llamarse hermana). De cualquier forma, esto era algo erróneo e ilustra el hecho de que un mal ejemplo puede hacerles daño a muchos.

Sin embargo, a pesar de los problemas de Isaac, él fue un hombre que, al igual que todos nosotros, estaba creciendo en fe. De hecho, nos dio un maravilloso ejemplo de perseverancia. Dios lo bendijo enormemente (26:12-14). Sus enemigos trataron de destruirlo, y cegaron los pozos que su padre había excavado. La respuesta de Isaac era abrir nuevos pozos. Cuando los mismos enemigos se enfrentaron con él por el pozo nuevo, él cavó otro pozo, y después otro, y luego otro. Siguiendo la lección de Isaac, no importa lo que nos suceda en la vida, siempre podemos cavar otro pozo.

El engaño de Jacob (Génesis 27:1-28:5)

Este capítulo contiene la bien conocida historia del engaño de Jacob a su padre Isaac. Es importante tener en cuenta todos los elementos de la historia y recalcar que previamente, de una forma astuta, Jacob había adquirido los derechos de la primogenitura. Jacob estaba sembrando unas semillas muy malas, que más tarde darían su fruto. Hay una ley real de causa y efecto que opera no solamente en el universo físico sino también en el universo moral. Lo que sembramos es lo que cosecharemos (Gálatas 6:7).

Es necesario recordar que Jacob obtuvo la primogenitura por medio de una transacción engañosa. Sin embargo, más tarde Jacob recibió de su misma medicina porque se encontró con uno más tramposo que él, Labán, quien por espacio de 20 años sacó ventaja de Jacob cada vez que tuvo la oportunidad. Aquí Jacob engaña a su padre ciego, con un cabrito sacrificado y con una piel especial. Más adelante, Jacob es engañado por Labán cuando es “cegado” por la oscuridad de su tálamo nupcial, y por sus propios hijos quienes lo engañaron y lo hicieron creer que su amado hijo José había perecido, y para convencerlo le mostraron la túnica de José empapada en la sangre de un cabrito que ellos mismos habían matado. También debemos analizar las palabras de Rebeca: “Sea sobre mí tu maldición”. De hecho, ella sí la recibiría, porque de la misma forma en que Isaac no pudo ver a su hijo, así Rebeca tampoco podría volver a ver a su amado Jacob después de que éste partió para Padan-aram. Rebeca moriría antes del regreso de Jacob, 20 años más tarde.

Tengamos cuidado: Cosechar lo que sembramos es un principio espiritual. Y así como Dios no removió completamente la amargura de la cosecha que Jacob tendría que recoger —aunque Jacob finalmente se arrepintió y se convirtió— tampoco va a remover completamente la amargura de la cosecha que nosotros vamos a recoger. Los efectos espirituales de nuestras malas acciones pueden ser perdonados, pero habrá consecuencias físicas. “Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios” (Romanos 11:22). De la misma forma en que Dios permitió que Jacob cosechara lo que había sembrado y tuviera que vivir una vida amarga para ayudarlo a depurar su carácter, él también hará lo mismo con nosotros en muchos casos. Es mejor sembrar buena semilla y cosechar buen fruto. Si sembramos una mala semilla, ¡es lo que vamos a cosechar también!

Después de que Jacob obtuviera la bendición por medio del engaño, Isaac y Rebeca lo mandaron a Padan-aram, principalmente para ayudarlo a escapar de la ira de Esaú, pero también con el propósito de que encontrara esposa entre las hijas de Labán, el hermano de Rebeca.

La visión de Jacob en Bet-el (Génesis 28:6-22)

Al enviar a Jacob a Padan-aram, Isaac le había prohibido terminantemente que se casara con una mujer cananea. Al enterarse por casualidad de esta orden, Esaú resolvió tomar una mujer que fuera más aceptable para sus padres; al parecer, todavía deseaba estar en una buena posición ante ellos, a ver si de esta forma podía recibir una bendición mejor. Pero como más tarde lo iba a entender Esaú, su padre Isaac no podía cambiar de opinión con respecto a la bendición (Hebreos 12:17). Isaac sabía que todo lo que había acontecido había sido permitido por Dios y él tenía que someterse a la elección que Dios había hecho (ver Génesis 25:20-23).

En su viaje a Harán, Jacob se detuvo en un lugar llamado Luz, más tarde rebautizado Bet-el. Jacob durmió allí y utilizó una piedra como cabecera (Génesis 28:11). Al dormir tuvo un sueño, y en él Dios le aseguró a Jacob que estaría con él y que regresaría a Canaán. Además, a Jacob le fue confirmado el pacto con Abraham. Cuando Jacob se despertó, tomó la piedra en que había descansado y la ungió, poniéndola como pilar o piedra sagrada. Parece que Jacob hubiera tomado esta piedra para que lo acompañara durante el viaje, porque la menciona en el contexto de regresar a Isaac (vv. 20-22) y aparentemente la erigió y la ungió nuevamente en Bet-el (35:14-15); y todavía más adelante, al final de su vida, parece que profetizó que la piedra estaría con los descendientes de José al fin de los tiempos (49:24). Si Jacob llevó esta piedra con él, como todo parece indicar, entonces habría una roca física, típica, que viajaba con Jacob, señalando un paralelo con la Roca espiritual (Dios), quien prometió que estaría con Jacob y no lo dejaría (28:15).

Jacob también prometió que si Dios lo traía nuevamente a su padre Isaac, entonces Dios sería el Dios de Jacob, y Jacob pagaría fielmente el diezmo. Estas afirmaciones nos sorprenden, pero al analizar cuidadosamente el desarrollo de carácter de Jacob podemos resolver la aparente dificultad planteada aquí. Jacob seguramente había oído acerca de Dios. Isaac nunca había adorado a otro Dios, sino sólo al que había conocido por medio de Abraham. Pero Ja-

cob, aunque adoraba a Dios, hasta cierto punto lo hacía buscando una retribución material. Jacob tenía una personalidad manipuladora; se valía de los demás para obtener sus propios fines, y Dios lo trató de la misma manera. Jacob servía a Dios por un propósito egoísta. La historia de Jacob nos muestra cómo, con el tiempo, él se transformó y dejó de ser un manipulador, para convertirse en alguien que cosechó justicia por medio de sus acciones y, finalmente, se entregó completamente a Dios y lo sirvió lleno de amor y devoción. Cuando Jacob dijo que Dios sería su Dios, estaba diciendo que sólo iba a confiar en él; su promesa de diezmar era una forma de honrar a Dios en reconocimiento de su autoridad suprema. Así, ambas promesas llegan finalmente a profesarle una devoción exclusiva a Dios.

En muchos aspectos, Jacob es parecido a cualquier hombre. Para ser más precisos, todos nos parecemos a Jacob. Todos empezamos con una actitud de obtener, egoísta, concentrados en nuestros deseos y necesidades. A medida que crecemos, estamos menos centrados en nosotros mismos y más motivados por principios justos. Cuando maduramos, aprendemos a amar a Dios y a actuar por devoción a él. Debemos aprender a vivir con Dios, y a medida que la orientación de nuestro carácter cambia, es moldeada y dirigida, y pasamos por varias etapas, cada vez nos parecemos más y más a Dios. Por esta razón, el desarrollo del carácter de Jacob es uno de los estudios más interesantes del Génesis.

El engaño de Labán (Génesis 29:1-30:24)

La llegada de Jacob a Padan-aram nos da una perspectiva muy reveladora de él. De la conversación con los pastores reunidos en el pozo podemos deducir que Jacob era educado, amable, entendido en los asuntos del pastoreo. El hecho de que Jacob viviera en tiendas no significaba que viviera en un claustro; como dijimos anteriormente, él era civilizado y culto, muy bien preparado en los negocios de su familia. Además, no era ningún consentido sin fortaleza física. Cuando vio a Raquel, removió la piedra de la boca del pozo, y las piedras circulares con que se tapaban los pozos pesaban mucho. En el versículo 10 encontramos tres veces la expresión: “Labán, hermano de su madre”, lo que algunos comentaristas han interpretado como si Jacob estuviera más interesado en obtener el favor de Labán por medio de un informe positivo de Raquel, que en la mujer misma. Claro que la ternura y el cariño demostrado por Jacob en el versículo 11 nos demuestra la intensidad de sus sentimientos hacia sus parientes. Era algo natural. Pero examinando todos los hechos, resulta evidente que Jacob era una persona culta, sociable, negociante y bien dotado físicamente, que al menos en sus sentimientos era algunas veces sincero, aunque no era lo era tanto cuando se relacionaba con los demás; esto es, a veces estaba buscando salirse con la suya, para su propio beneficio.

Dios estaba a punto de comenzar un largo proceso que le enseñaría a Jacob a tener un concepto más humilde de sí mismo; para ello, iba a utilizar a Labán como un instrumento muy importante. Tal vez en Canaán Jacob hubiera sido tranquilo, capaz de dirigir los negocios de su familia y de engañar a su hermano mayor, pero Esaú no se podía comparar de ninguna forma con Labán. Sin darse cuenta, Jacob iba a encontrar la horma de su zapato. Cuando Raquel le contó a su padre acerca de la llegada de Jacob, Labán corrió a su encuentro, tal vez sintiendo la alegría de ver a un pariente (vv. 13-14), pero también, conociendo la forma de ser de Labán, recordando los regalos que se dieron para su hermana Rebeca (24:30). Jacob se quedó un mes con Labán, y durante ese mes ocurrieron dos cosas: Jacob se enamoró de la hermosa Raquel y Labán se dio cuenta de ello. Ahora Labán tenía una forma de hacer que Jacob le sirviera; tal vez comenzó a planearlo desde que Jacob le “contó a Labán todas estas cosas” (v. 13), entre las cuales se encontraba, sin lugar a dudas, la razón de su viaje a Harán.

Reconociendo la oportunidad, Labán le hizo una pregunta, al parecer muy generosa: “¿Por ser tú mi hermano, me servirás de balde? Dime cuál será tu salario” (v. 15). Jacob le pidió la mano de Raquel, lo cual sin lugar a dudas Labán ya había previsto. Labán le puso a Raquel el precio de siete años de servicio, lo cual Jacob aceptó alegremente. Pero en la noche de bodas, Labán cambió a Lea por Raquel. Con los sentidos y el juicio alterados por las bebidas de la fiesta (tal vez estimuladas aún más por Labán), Jacob llegó al tálamo nupcial y se encontró totalmente a ciegas (esta oscuridad probablemente también había sido propiciada por Labán, como parte de la conspiración, en la cual aparentemente también participó Zilpa, v. 24). Lea tal vez guardó silencio siguiendo las órdenes de su padre. De todas formas, es claro que Jacob no se percató hasta la mañana siguiente de que había dormido con la mujer equivocada (v. 25). Cuando Jacob lo confrontó airadamente por el engaño, Labán le respondió: “No se hace así en nuestro lugar, que se dé la menor antes de la mayor” (v. 26). Estas palabras debieron sonar como un campanazo en los oídos de Jacob, porque como leímos anteriormente, él se había ideado la forma de quitarle los derechos de la primogenitura a su hermano gemelo Esaú, el primogénito. El engaño de Jacob se le estaba empezando a volver en su contra.

Jacob se comprometió a otros siete años de servicio, y pudo casarse con Raquel a la semana siguiente; pero la suerte estaba echada, su familia ahora estaría dividida y sería infeliz. Jacob estaba cosechando lo que había sembrado.

La familia de Jacob (Génesis 29:1-30:24)

La competencia entre Jacob y Esaú había traído prácticamente la guerra a la casa de Isaac. Ahora Jacob tendría que vivir con un amargo recordatorio de los frutos de sus caminos. Lea y Raquel peleaban constantemente por el amor de Jacob. Jacob amaba profundamente a Raquel; la amó “más que a Lea”, a quien menospreció (vv. 30-31). Lea estaba en un segundo plano ante Jacob, una posición muy difícil para cualquier mujer. Como Jacob trataba de esta forma a Lea, Dios la bendijo con hijos (lo cual tal vez nos dé a entender que a los ojos de Dios Lea no era la culpable principal del asunto, ya que su padre le había obligado a casarse con Jacob). Al mismo tiempo, Raquel era estéril y se sentía muy frustrada; se sentía traicionada por su padre y resentida contra su hermana, a la cual ella consideraba una intrusa en su matrimonio. Con estas dos mujeres y sus respectivas criadas, Jacob tendría 12 hijos y una hija. Los hijos de sus esposas y concubinas también reñirían entre sí.

Parte de las dificultades familiares de Jacob tal vez tengan sus raíces en la generación anterior de Isaac y Rebeca, quienes cometieron uno de los errores más garrafales en la crianza de los hijos: tener favoritismos en la familia. Isaac prefería ostensiblemente a Esaú, en tanto que el favorito de Rebeca era Jacob. Esta situación propiciaba un ambiente malsano de competencia, desconfianza, triquiñuelas, irrespeto y resentimiento evidente. Los dos hijos de Isaac y Rebeca fueron las víctimas involuntarias de esto y Jacob a su vez repitió el error en su propia familia: Raquel era la preferida por encima de Lea, José era el favorito entre sus hermanos, y más tarde lo fue Benjamín. Por supuesto que esto es más comprensible en el caso de Jacob, ya que en primer lugar él no se quería casar con Lea. Pero de todas formas, ella era su esposa y tenían hijos juntos, y debería haber hecho hasta lo imposible por demostrarles todo su amor y afecto.

Más tarde Dios le dio a Israel la siguiente ley: “No tomarás mujer juntamente con su hermana, para hacerla su rival, descubriendo su desnudez delante de ella en su vida” (Levítico 18:18). Tal parece que en la época de Jacob, Dios no les había revelado que esto era pecado. Pero la vida de Jacob es una demostración fehaciente de la gran necesidad que había de que esta ley fuera revelada.

El extraño trato de Jacob (Génesis 30:25-43)

En el versículo 25 del capítulo 30 encontramos el comienzo de una historia que muy pocos parecen entender. Pero si entendemos el razonamiento de Jacob en este extraño trato con Labán, podremos ver mejor el proceso del desarrollo de carácter de Jacob.

Jacob había servido a Labán por 14 años. Ahora quería irse y regresar a su padre en Canaán. Sin embargo, Labán quería que Jacob se quedara porque Dios había bendecido todo lo que Jacob había hecho en la casa de Labán, y éste se había enriquecido. Creyendo que con eso lo iba a retener, Labán le dijo: “Señálame tu salario, y yo lo daré” (v. 28). Jacob le respondió: “No me des nada” (v. 31). Es esencial que entendamos, porque una lectura descuidada de esta historia le puede hacer creer a uno que Jacob separó las ovejas pintadas y manchadas y las tomó para su salario. Mas no fue así. Jacob separó las ovejas pintadas y manchadas y se las dio a Labán; él se las dio a sus hijos y los envió a tres días de camino (v. 36). Jacob se quedó únicamente con las ovejas blancas.

La última cláusula en el versículo 32: “y esto será mi salario”, puede ser un poco confusa. El hebreo dice literalmente: “esto será [es decir, en el futuro] mi salario”. Jacob no estaba diciendo que las ovejas manchadas y pintadas que él iba a apartar del rebaño eran su salario, pues ya le había dicho a Labán: “No me des nada”. Las manchadas y pintadas se las dieron a los hijos de Labán, quienes las llevaron a un sitio que quedaba a tres días de camino. Lo que Jacob le estaba diciendo era que, *en el futuro*, toda oveja manchada o pintada que naciera en su parte del rebaño sería su salario. Esto le pareció muy bien a Labán, y dejó a Jacob solamente con ovejas blancas. ¿Cómo podría una oveja blanca tener una oveja manchada o pintada? Labán aceptó el trato sin vacilar: “Mira, sea como tú dices” (v. 34).

El comienzo del versículo 33 es lo más importante: “Así responderá por mí mi honradez mañana, cuando vengas a reconocer mi salario . . .” Esta contundente declaración nos habla mucho acerca del progreso en el desarrollo de carácter de Jacob. Cuando éste llegó a Padan-aram, era un hábil manipulador que confiaba en sus capacidades innatas

y se las ingeniaba para obtener lo que quería. Pero después de estar al servicio de Labán durante 14 años —en los cuales Labán se aprovechaba continuamente de él, y Dios lo había bendecido en todo lo que había hecho— se había producido un cambio en Jacob. Ahora había avanzado hasta el punto en que confiaba en su conducta justa para recibir las bendiciones y la prosperidad provenientes de Dios. ¡Esto era un dramático cambio de corazón, un avance muy grande en el desarrollo de un carácter correcto!

El versículo 37 comienza con el extraño asunto de las varas de álamo, avellano y castaño. Algunos comentaristas sugieren que esto era una especie de magia, o que las varas peladas tenían por objeto lograr que las ovejas imitaran esas varas parcialmente coloreadas y tuvieran crías parcialmente pintadas. Pero lo que Jacob estaba haciendo aparece descrito en el versículo 38: “Y puso las varas que había mondado delante del ganado, en los canales de los abrevaderos del agua donde venían a beber las ovejas, las cuales procreaban cuando venían a beber”. La palabra “procreaban” proviene de la palabra hebrea *yacham*, que significa literalmente “calentarse”, lo que en los animales puede significar “estar en celo”. Jacob puso las varas recién cortadas en los canales de los abrevaderos, y como estaban sin corteza, la savia se mezclaba con el agua. Tal vez él creía que esto haría que los animales entraran en celo. También se ha sugerido que con las varas hizo una especie de corral, con el fin de lograr que cuando los animales vinieran a beber agua estuvieran más tiempo juntos para el apareamiento. En todo caso, en los versículos 41-43 podemos ver que Jacob practicaba con gran éxito una crianza selectiva.

Pero el resultado de todo esto *no* era el que las ovejas parieran solamente borregos listados, pintados y salpicados de diversos colores. Lo que Jacob lograba con este procedimiento era determinar el momento en que se reproducían ciertas ovejas. *El hecho de que nacieran ovejas de distintos colores fue obra de Dios.* Jacob había dicho: “Así responderá por mí mi honradez”. El número de ovejas manchadas y pintadas que nacían era la respuesta de Dios a la honradez de Jacob. De hecho, más adelante nos damos cuenta de que al ver los resultados, Labán cambiaba continuamente las condiciones de cuáles serían las ovejas de Jacob, y que en todos los casos Dios hacía que las ovejas nacieran de acuerdo con lo pactado. Jacob les dijo a sus esposas: “. . . Dios no le ha permitido [a Labán] que me hiciese mal. Si él decía así: Los pintados serán tu salario, entonces todas las ovejas parían pintados; y si decía así: Los listados serán tu salario; entonces todas las ovejas parían listados. Así quitó *Dios* el ganado de vuestro padre, y me lo dio a mí” (31:7-9).

Jacob había madurado muchísimo mientras estuvo sirviendo a Labán. Había dejado sus métodos manipuladores, codiciosos, y había llegado hasta el punto de entender que la prosperidad y la protección dependen de una conducta justa delante de Dios. Por esto, Dios lo recompensó y lo hizo prosperar. Sin embargo, a Jacob todavía le hacía falta desarrollar más su carácter.

Jacob se separa de Labán (Génesis 31)

Jacob prosperó porque Dios lo bendijo y porque manejó sabiamente los rebaños. Pero en la medida en que Jacob prosperaba, Labán declinaba. Esto irritó a Labán, especialmente desde que él pensó que el trato con Jacob lo iba a beneficiar enormemente. También parece que Labán se acostumbró a tener un nivel de vida muy alto porque Dios lo había bendecido a causa de Jacob, y que al decrecer tenía que acostumbrarse a un nivel de vida inferior. De hecho, Labán había malgastado la dote de 14 años de trabajo que Jacob le había pagado por sus dos esposas (vv. 15-16). En aquellos días, el padre guardaba la dote de sus hijas como una reserva, pero Labán la había malgastado deshonradamente. Finalmente, al ver cómo la fortuna de Labán estaba decreciendo rápidamente, sus hijos se preocuparon y entendieron que si no hacían algo pronto, se iban a quedar sin nada.

Ante la hostilidad creciente entre Labán y Jacob y la posibilidad de que los hijos de Labán decidieran hacer algo en contra de Jacob y de su familia, era tiempo de partir. La conversación que Jacob sostuvo con sus esposas antes de la partida nos pone de presente la falsedad de Labán, la fe de Jacob y la forma en que Dios proveyó. Durante los seis años en que Jacob estuvo pendiente de los rebaños de Jacob (v. 41), Labán cambió muchas veces los términos del pacto entre él y Jacob. Pero en cada cambio, Jacob confió en Dios, esperando en su continua bendición. Y en cada cambio Dios lo bendijo. Finalmente, Dios le ordenó a Jacob que se fuera. Para evitar una confrontación, Jacob se fue sin decirle a Labán.

Sin embargo, antes de salir, Raquel hurtó los ídolos de la casa de Labán. Es posible que ella los haya tomado porque la creencia común era que el que tuviera los ídolos sería bendecido por los dioses; de acuerdo con el paganismo en que había sido educada, Raquel tal vez intentaba “asegurar” la buena fortuna de su esposo. Ella y Lea aparente-

mente habían llegado a adorar al verdadero Dios, buscando su dirección (ver 29:32; 30:22-23; 31:16). ¿Por qué entonces Raquel se llevó los ídolos? Ciertos comentaristas afirman que la explicación más probable es que ella los haya robado porque representaban la posesión de las propiedades de Labán. La persona que tuviera los ídolos podía probar que era el dueño legítimo de las propiedades. Por ejemplo, en cierto comentario leemos: “La posesión de los ídolos de la familia era una prueba legal que confirmaba el derecho a la herencia. Dado que Raquel creía que las propiedades debían ser de ellos, ella se ‘apropió’ lo que consideraba era suyo por derecho propio. Esto de ninguna forma hizo menos grave lo que sucedió”.

Labán, por supuesto, los persiguió, furioso no solamente por la fortuna de Jacob sino también por la súbita partida y la desaparición de los ídolos familiares. Sin embargo, Dios le advirtió por medio de un sueño: “Guárdate que no hables a Jacob descomedidamente” (v. 24). Labán le reprochó a Jacob por haberse ido sin decirle, ya que según él, si le hubiera dicho lo hubiera despedido con una gran fiesta. Como no podía obligar a Jacob a regresar, Labán se concentró en los ídolos familiares. Después de buscarlos infructuosamente entre las posesiones de Jacob (Raquel los tenía escondidos), éste le reclamó a Labán. Debemos notar la forma en que Jacob atribuyó su éxito a Dios y mostró cómo Dios había juzgado su causa como algo justo. Nuevamente, vemos más pruebas del desarrollo del carácter de Jacob.

Al separarse, Jacob y Labán levantaron un majano. Esta piedra, sin embargo, era diferente de la que Jacob había erigido en Bet-el. Esta piedra no era sagrada, sino que era un memorial. Permanecería en ese lugar como testimonio del pacto que habían hecho Labán y Jacob.

Debe mencionarse que a pesar de la fanfarronería y la falsedad de Labán, tal vez al final sí estuviera expresando una verdadera preocupación paternal (ver 31:49-50, 53, 55). Él no tenía por qué incluir en el acuerdo con Jacob que éste no tuviera más esposas (es interesante que en el versículo 50, sus palabras denotan que no consideraba a las criadas como esposas sino como madres sustitutas). Y también es interesante observar las continuas referencias que hizo al verdadero Dios. Es cierto que el sueño debió haberlo conmovido, pero parece que había algo más también. Por espacio de 20 años Dios se había valido de Labán como un instrumento para cambiar dramáticamente el carácter de Jacob. Y a su vez, Jacob también había sido un testigo de la existencia de Dios, y esto debió haberle enseñado algunas cosas a Labán. Tal vez al final, arruinado, sin su familia y viendo cómo todo lo que había construido se derrumbaba, Labán había aprendido algunas lecciones.

La lucha con Dios (Génesis 32)

A medida que Jacob y su comitiva viajaban hacia el río Jaboc, hoy llamado el wadi Zerqa, le salieron varios ángeles al encuentro. Cuando Jacob los vio, se detuvo allí y llamó al lugar Mahanaim, que quiere decir “dos campamentos” (vv. 2, 7, 10). Tal como lo había prometido, Dios estaba con Jacob en su viaje de regreso a Canaán (Génesis 28).

La perspectiva de reencontrarse con Esaú le infundía miedo. Jacob sabía que su hermano mayor era un hombre impetuoso. ¿Le daría rienda suelta a su ira? ¿Se vengaría de Jacob matándolo a él y exterminando todo lo que poseía? Si Esaú acariciaba pensamientos de venganza, Jacob iba a tratar de apaciguarlo con regalos. Tal vez si le mostraba deferencia y humildad y lo trataba como “Señor” y le enviaba presentes, se calmaría la ira de Esaú. Jacob envió mensajeros ante Esaú para comunicarle que se estaba aproximando. Los mensajeros regresaron y le dijeron a Jacob que Esaú venía ¡con 400 hombres! Jacob se preparó para lo peor y dividió su familia y posesiones en diferentes grupos, enviándolos uno tras otro, tomando él la delantera delante de todos (33:3); con esto esperaba que su familia fuera preservada lo máximo posible del ataque de Esaú.

Lo que sucedió a continuación es supremamente importante para entender el desarrollo de carácter de Jacob. Sin embargo, antes de analizar los detalles del suceso, debemos estudiar la oración de Jacob.

Al leer acerca de la vida de Jacob hemos visto cómo después de ser un joven culto, imponente físicamente, que confiaba en sus propias astucias y artimañas para obtener lo que quería, manipulando a todos los que lo rodeaban, ahora era un hombre que había aprendido que la verdadera prosperidad, seguridad y paz dependen de la rectitud de uno delante de Dios. Esto es de por sí un gran cambio en el carácter. Pero cuando Jacob llegó al Jaboc después de servir durante varios años pastoreando los rebaños de Labán, él había dado un salto gigantesco en cuanto al desarrollo de su carácter. La oración de los versículos 9-12 nos pone de manifiesto que Jacob había llegado a entender que aun la justicia total delante de Dios no le da a uno ningún derecho de recibir las bendiciones divinas. Él confesó:

“Menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo” (v. 10). Ahora Jacob se veía a sí mismo tal y como era en realidad: un hombre indigno, totalmente dependiente de la misericordia y la gracia inmerecida de Dios. Ahora, para alcanzar la madurez de su carácter, mientras Jacob está solo en medio de la oscuridad y sin ningún espectador, ocurre el más extraño episodio de lucha en toda la historia.

Esa noche un ser sobrenatural descendió para luchar con Jacob. Este ser, identificado como Dios, debe haber sido Jesucristo antes de ser encarnado, quien era el “Verbo” que estaba con Dios el Padre desde el principio y también era Dios (Juan 1:1-3, 14). No pudo haber sido Dios el Padre porque Jacob lo vio, y el apóstol Juan declaró: “A Dios nadie le vio jamás” (Juan 1:18), refiriéndose claramente al Padre en este versículo.

Al principio, Jacob tal vez no pudo identificar quién era su oponente, pero antes de que la lucha se terminara ya lo había identificado, porque más tarde lo llama Dios (v. 30). ¿Por qué quería Dios luchar con Jacob? Una mejor pregunta sería: ¿Por qué Jacob siguió luchando después de darse cuenta de que estaba luchando con Dios? ¿Cuál era el propósito de luchar con Dios? Dios podía derrotar muy fácilmente a su oponente, o podía simplemente enfrentarlo paso a paso hasta provocar un empate. O Dios podía perder deliberadamente. De cualquier forma, parecería ilógico continuar con la lucha. Entonces, ¿por qué Jacob continuó luchando? Por supuesto, no podemos estar seguros. Pero tal vez era debido simplemente porque *Dios* quería luchar para probar la perseverancia y actitud de Jacob. El episodio de la lucha, visto desde este punto de vista, podría también haber sido una prueba de sumisión: ¿Se sometería Jacob a seguir luchando, aunque pareciera sin sentido, tan sólo porque Dios así lo quería? Además, la conclusión nos indica que Jacob quería la bendición de Dios, y tal parece que Dios quería saber *hasta qué punto* la quería. Finalmente, Jacob demostró un sentimiento profundo de confianza en la bendición de Dios, y mostró que sería capaz de perseverar en lo que Dios estuviera haciendo con él, para poder recibir tal bendición. Al enfrentarse a Esaú o a cualquier otro obstáculo que más adelante pudiera surgir, él sabía que su astucia o ingenuidad no iban a salvarlo. Sabía que tendría que confiar solamente en Dios.

A medida que la contienda proseguía, Cristo se daba cuenta de que no iba a prevalecer contra Jacob. Esto no significa que Jacob estuviera ganando y Cristo perdiendo; simplemente significa que Jacob no estaba dispuesto a rendirse. Todavía seguía luchando. Entonces Cristo le desencajó el tendón del muslo, lo cual le dificultaba aún más a Jacob el seguir en la lucha. En medio de un intenso dolor, y aún con lágrimas (Oseas 12:3-4), Jacob no se rindió. Finalmente, Cristo le pidió a Jacob que lo soltara y lo dejara ir porque ya estaba amaneciendo. Pero Jacob le dijo que no lo dejaría ir hasta que lo bendijera. Esto no era ninguna desobediencia, como tal vez podamos pensar. En vez de esto, es evidente que Jacob entendía que debía mantenerse hasta recibir la bendición, porque esta era la causa por la cual la lucha había comenzado en primera instancia. En fe, debemos aferrarnos a Dios, quien ha prometido bendecirnos, hasta que nos bendiga, porque esto es lo que él nos ha dicho que debemos hacer. Al hacerlo así, Jacob venció y Dios le cambió su nombre por el de Israel, que significa “el que lucha con Dios”. Esto no significa que Jacob ganó y Cristo perdió. De hecho, la lucha terminó sin que ninguno de los dos se hubiera rendido. Por supuesto que Cristo podía haber derrotado a Jacob en cualquier momento, pero esto no era el propósito de la lucha. La clave era ver si Jacob iba a perseverar con Dios en medio de la adversidad. Y él lo hizo. ¿Quién ganó la lucha entonces, Jacob o Cristo? La verdad es que ambos ganaron. Dios siempre prevalece, y ahora Jacob prevaleció con él. Debe suceder lo mismo con nosotros.

La reconciliación (Génesis 33)

En la mañana, Jacob partió y poco después vio que Esaú venía con 400 hombres. Jacob había ordenado a su familia, poniendo a los niños con sus respectivas madres; primero estaban las concubinas, seguidas por Lea, con Raquel cerrando la caravana. Esto lo hizo así con el propósito de darle la máxima protección a Raquel (posiblemente embarazada de Benjamín) y a José. Si de pronto Esaú atacaba, era posible que cuando llegara donde Raquel estuviera satisfecho con la destrucción alcanzada. Jacob encabezaba la caravana, y por momentos caminaba y se postraba delante de Esaú a medida que éste se acercaba, mostrando así el máximo respeto y la más profunda humildad.

Sin embargo, el encuentro con Esaú fue de todo menos hostil. Esaú se alegró verdaderamente al ver a Jacob. Veinte años habían calmado fuertemente sus sentimientos y, dada la magnitud de la fuerza militar que lo acompañaba, tal parece que Esaú hubiera alcanzado un aceptable nivel de éxito, suficiente cuando menos para que se sintiera realmente bendecido. Jacob le mostró los regalos y le presentó a su familia, pero prudentemente declinó acompañar a

Esaú hasta Seir, tal vez pensando que de pronto la naturaleza impulsiva de Esaú se volviera a manifestar y nuevamente se presentara el resentimiento por el mal que Jacob le había hecho.

Después del encuentro con Esaú, Jacob se fue para Siquem (vv. 18-19), donde compró una parcela y cavó un pozo. Al parecer, este fue el mismo pozo en el que, muchísimos años después, Jesucristo se encontró con la mujer samaritana. Más tarde este lugar fue conocido como Sicar (Juan 4:5-6), cerca de la moderna ciudad de Nablús. Jacob, quien ahora se llamaba Israel, también le construyó allí un altar a Dios y lo llamó El-Elohe-Israel, que significa “Dios, el Dios de Israel” (Génesis 33:20). El proceso de la “conversión” de Jacob estaba bastante adelantado en este momento. Ya no miraba a Dios como el Dios de sus padres, sino que ahora lo veía como el Dios *suyo*, el Dios de Israel, lo que parece darnos a entender que había desarrollado una relación personal con él.

Siquem y Dina (Génesis 34)

Génesis 34:2 nos dice que Siquem tomó a Dina y “se acostó con ella, y la deshonró”. ¿Indica esto que Siquem violó a Dina, o que lo sucedido ocurrió de común acuerdo? El versículo 1 nos dice que Dina fue “a ver a las hijas del país”. Algunos comentaristas sugieren que ella estaba en los últimos años de su adolescencia y que posiblemente asistió a alguna clase de acto público o celebración. También sugieren que debido a que no tenía hermanas, ella tal vez estaba tratando de ser aceptada por las otras jóvenes de su edad, y se encontró en una situación que no estaba preparada para manejar, perdiendo su virginidad no por medio de la violencia sino por indiscreción.

Sin embargo, la violenta reacción de los hermanos de Dina puede implicar que ella no quería que esto pasara. Tal vez es posible que Siquem lo hubiera hecho bajo los efectos del alcohol o a pesar de las protestas de Dina. Si consideramos que Dina parece que tenía alrededor de 14 ó 15 años, en la actualidad lo llamaríamos un crimen de corrupción de menores. Sin embargo, en la sociedad de aquella época, en que se arreglaban matrimonios sin tener en cuenta la madurez de los futuros contrayentes, esta edad se consideraba como una edad apropiada para el matrimonio.

Siquem definitivamente obró mal porque se aprovechó de Dina y tuvo relaciones sexuales con ella antes del matrimonio. Sin embargo, parece que no hubo violencia, puesto que él le habló dulcemente a la joven después, y aun “se enamoró” de ella (v. 3). Existe un contraste muy grande entre la actitud de Siquem y la actitud de Amnón cuando violó a Tamar (2 Samuel 13). Amnón no quería nada de ella después de tomarla por la fuerza.

Más adelante, Siquem parecía realmente dispuesto a cumplir todos los requisitos de los hermanos de Dina con tal de casarse con ella, a pesar de lo dolorosas que pudieran ser estas condiciones. Sus hombres también estaban dispuestos a hacer el mismo sacrificio, tal vez dándole crédito a su actitud de reconciliación, aunque ellos tal vez también estaban interesados en compartir la riqueza de la familia de Jacob, lo cual sería posible por medio de la circuncisión. Sin embargo, el versículo 19 nos dice que Siquem era “el más distinguido de toda la casa de su padre”, lo cual puede darnos a entender que de buena fe él estaba tratando de reparar el daño que había hecho. Tal vez el hecho de que no se mencione ninguna objeción por parte de Dina nos podría indicar sus sentimientos acerca de lo que había pasado.

La actitud de Jacob también puede indicarnos que él no lo veía como una violación, un acto violento, aunque muy seguramente no estaba contento con lo que había pasado. Anteriormente, él había hecho algunos negocios con Hamor, padre de Siquem (33:19), y se sentía turbado —tal vez hasta furioso— con la nueva situación que ahora se presentaba. Sin embargo, estaba dispuesto a dar a Dina en matrimonio, de acuerdo con el pacto que sus hijos le habían ofrecido, pues ella estaba en la ciudad con su nuevo esposo después de haber celebrado el acuerdo (v. 26). Más tarde, Dios instruyó a la nación de Israel para que supiera cómo manejar esta clase de situaciones, dejando en las manos del padre la decisión de dar o no a su hija en matrimonio, pero de todas formas estableciendo que el agresor debía pagar una multa económica, sin importar cuál fuera la decisión del padre (Éxodo 22:16-17; Deuteronomio 22:28-29). Así que Jacob podría haberse rehusado a dar a su hija en matrimonio si en verdad estuviera convencido de que ese matrimonio no debería efectuarse, cosa que seguramente él hubiera sentido si hubiera sido una violación (acceso carnal violento). De hecho, Dios equipara la infamia de una violación con la de un asesinato (Deuteronomio 22:25-27).

Una venganza brutal (Génesis 34)

La violenta venganza de Simeón y de Leví no fue acogida favorablemente por su padre. Él creía que esta felonía iba a manchar el nombre de la familia y que sus vecinos se iban a unir para destruirlos. Era Esaú el que debía vivir por la espada (27:40), no Jacob. El ataque de los hermanos parecía ser excesivamente brutal, porque no sólo mataron a Siquem, el que había causado la ofensa, sino que también acabaron con todos los hombres de la ciudad de Siquem.

Aunque los hijos le explicaron a Jacob las razones de su comportamiento, el descontento de su padre no cambió. Si bien la predicción de Jacob de que su familia sería destruida no ocurrió, debido a la protección de Dios (35:5), mucho tiempo después Jacob todavía seguía mostrando disgusto por las acciones de Simeón y de Leví. Poco antes de morir, Jacob pronunció la siguiente profecía proveniente de Dios: “Simeón y Leví son hermanos; armas de iniquidad sus armas . . . Maldito su furor, que fue fiero; y su ira, que fue dura. Yo los apartaré en Jacob, y los esparciré en Israel” (49:5-7). Aquí comprobamos que los rasgos familiares se transmiten, probablemente por una combinación de herencia y forma de crianza. En el caso de Simeón y de Leví, Dios juzgaba que sus descendientes serían demasiado explosivos para estar juntos y tener sus propias naciones. De hecho, esto sólo implicaría problemas para el resto del mundo.

Más adelante vemos que ese impetuoso comportamiento emocional de la familia de Leví sería canalizado hacia un celo por servir a Dios.

Epílogo de la caída de Siquem; Rubén pierde la primogenitura (Génesis 35:1-26)

De la misma forma en que Dios protegió a Israel (Jacob) de la espada de Esaú, también lo protegió de la venganza de sus vecinos en Canaán. Al mencionar nuevamente que lo había protegido de Esaú (v. 1), Dios le recordó a Jacob que no debía temer, que debía viajar a Bet-el y que Dios lo iba a proteger nuevamente. Fiel a su palabra, su terror cayó sobre las ciudades de la tierra y los habitantes no persiguieron a la familia de Jacob.

Para mostrar a Dios y a su promesa de protección el debido respeto y honor, Jacob se aseguró de ordenar a su familia que se deshicieran de los dioses extraños que había entre ellos. Éstos parece que eran los ídolos que Raquel había robado anteriormente, así como los ídolos familiares de valor que Simeón y Leví probablemente tomaron en su combate contra Siquem (ver 34:29). Cuando Jacob llegó a Bet-el, también construyó un altar en honor al Dios verdadero para darle gracias por su bendición. A Dios parece haberle agradado la fe de Jacob y su obediencia, y le reafirmó las promesas que les había hecho a Abraham e Isaac. Dios hasta reafirmó el cambio de nombre de Jacob por el de Israel, cosa que ya había hecho en el capítulo 32.

Dios nuevamente reafirmó la promesa del linaje de los reyes (dada anteriormente en Génesis 17:4-6). Pero cuando mencionó la promesa de la bendición nacional, agregó algo que aparece aquí por primera vez en las Escrituras: la promesa de una nación y de un *conjunto* de naciones. Estudiaremos más acerca de esta profecía cuando lleguemos a Génesis 48, cuando los derechos de primogenitura recaigan en Efraín y Manasés, hijos de José. Manasés se convertiría en la gran nación y Efraín en el conjunto o grupo de naciones.

En el capítulo 35 también leemos acerca de la muerte de Raquel, cuando estaba dando a luz a Benjamín, y de su entierro en Belén. Este suceso trágico fue seguido por un incidente vergonzoso en el que Rubén mancilló el lecho de su padre al tener relaciones sexuales con Bilha, la madre de sus hermanos Dan y Neftalí. Rubén era el primogénito de Jacob con Lea, lo que lo hacía merecedor de la doble porción de la herencia. Sin embargo, como ya lo hemos mencionado, este derecho de la primogenitura fue traspasado a los hijos de José. De acuerdo con 1 Crónicas 5:1-2, el pecado de Rubén fue la causa de que Israel le diera el derecho de primogenitura a José. No solamente fue un pecado de deshonor y adulterio, sino que tuvo consecuencias a largo plazo, llegando incluso a determinar quiénes serían los que recibirían las promesas de riqueza que Dios le hizo a Abraham.

La muerte de Isaac; los descendientes de Esaú (Génesis 35:27-36:43)

Cuando Jacob regresó a Hebrón, su padre Isaac todavía vivía y viviría por espacio de 15 años más antes de morir a la edad de 180.

Cuando Isaac murió, Esaú y Jacob se reunieron nuevamente para enterrar a su padre en el mismo lugar de Abraham, Sara y Rebeca, en la cueva de Macpela (ver Génesis 49:31). Más tarde, Lea y Jacob también serían enterrados allí (49:29-50:13).

En el capítulo 36 también encontramos el registro de lo que había sucedido con la línea de Esaú. En cuanto a la primogenitura, Esaú había sido rechazado, pero no había sido olvidado. De hecho, es interesante notar que Moisés, aunque era de la línea de Israel, también tenía el registro de la descendencia de la familia de Esaú cientos de años más tarde, para poder escribirlo y que formara parte del libro del Génesis. (Por supuesto, es posible que Moisés no tuviera este registro, sino que Dios se lo inspirara completamente, pero esto solamente demostraría el interés y la preocupación que Dios tenía por Esaú y sus descendientes.)

Desafortunadamente, a lo largo de los años los descendientes de Esaú —o Edom (v. 1)— entrarían en conflicto frecuente con los descendientes de Israel. Veremos más acerca de esto cuando estudiemos el libro del Éxodo y otros libros de la Biblia. Tal vez a algunos les sorprenda el saber que este conflicto se ha extendido hasta nuestros días. Cuando lleguemos al libro de Abdías, una profecía acerca de Edom, analizaremos la identidad de los edomitas en la actualidad.

Preludio a sucesos trascendentales (Génesis 37)

El capítulo 37 de Génesis nos da detalles acerca de por qué los hermanos de José se llenaron de celos contra él y lo vendieron como esclavo. El favoritismo que Jacob sentía por José era la causa obvia de los celos, y la túnica de varios colores que le dio no fue bien recibida por los demás (v. 4). Pero la gota que rebosó la copa parece que fueron los sueños de José, quien tal vez los contaba con cierta presunción. No solamente sus hermanos se molestaron, su padre también lo reprendió por ello.

Los sueños se volvieron realidad y la familia de José le llegó a estar sujeta. Debido a que estos sueños se cumplieron, sabemos que no eran sueños comunes y corrientes sino profecías inspiradas por Dios. Aunque los sueños no sólo fueron importantes por la clase de acontecimientos que predijeron, sino también por la ingerencia que tendrían en ciertas circunstancias futuras que iban a culminar en uno de los acontecimientos más renombrados de la historia. Estos sueños de José sirvieron como catalizadores de ciertos acontecimientos que no culminarían hasta la liberación de los israelitas de Egipto.

Recordemos Génesis 15, pasaje en donde Dios profetizó acerca de los descendientes de Abraham, quien en ese entonces todavía se llamaba Abram. Dios le dijo que sus descendientes serían extranjeros en una tierra que no sería de ellos y, además, vivirían un tiempo de esclavitud y aflicción (v. 13). Con los sueños de José no solamente se desencadenaron ciertos acontecimientos que le iban a permitir a la familia de Israel sobrevivir a un futuro período de hambre, sino que estos mismos acontecimientos servirían para que Israel y sus hijos tuvieran que ir a Egipto, en donde sus descendientes se convertirían en esclavos, después en una gran nación, y finalmente serían liberados por un gran poder milagroso.

En Génesis 37 vemos una demostración de cómo Dios obra y cómo hace que la profecía se cumpla. Él parte de una situación que ya existe (el favoritismo de Jacob y los celos que generaba este favoritismo en el resto de la familia) y luego introduce un nuevo elemento (los sueños de José) para encaminar los acontecimientos hacia el cumplimiento de su plan (que Israel fuera a Egipto y de allí fuera liberado). De esta forma, él hace que la profecía se cumpla, y al mismo tiempo permite que todas las personas vayan tomando sus propias decisiones. Es realmente impresionante ver su poder en acción.

Dicho sea de paso, aunque en este capítulo parece haber un poco de confusión con respecto a quiénes compraron a José, si los ismaelitas o los madianitas (vv. 25, 27-28, 36). Lo más probable es que se trataba de una caravana compuesta por una asociación de varios grupos árabes.

Además, veamos lo que dice un comentario con respecto a lo que la arqueología ha descubierto y que va en contra de la teoría de aquellos que sostienen que relatos como los de José fueron escritos cientos de años después del momento en que supuestamente ocurrieron. Veamos un aparte del libro *Is the Bible True?* (“¿Es veraz la Biblia?”), de Jeffery Sheler (1999, pp. 73-74):

En Génesis 37:28 . . . José, un hijo de Jacob, es vendido como esclavo por sus hermanos, quienes lo vendieron por 20 piezas de plata. [El profesor Kenneth] Kitchen dice que esto coincide perfectamente con el precio en que vendían los esclavos en esa región en los siglos 18 y 19 a.C. Esto lo prueban muchos documentos descubiertos en la antigua Mesopotamia y en Mari (en lo que ahora es Siria). Otros documentos demuestran que el precio de los esclavos se incrementó continuamente en siglos posteriores. En el siglo 8 a.C., el precio de los esclavos, como lo comprueban los registros Asirios, se había elevado hasta 50 ó 60 piezas de plata, y hasta 90 a 120 piezas durante el Imperio Persa, en los siglos 5 y 4 a.C. Kitchen argue que si la historia de José hubiera sido inventada por un escriba judío en el siglo sexto, como algunos escépticos lo han sugerido, ¿por qué el precio que aparece en el Génesis no es de 90 a 100 piezas de plata? Es más razonable pensar que el relato bíblico es un reflejo de la realidad.

Judá y Tamar (Génesis 38)

La historia de Judá y Tamar reviste una gran importancia. Está en medio de la historia de José, no porque esté directamente relacionada con él, sino porque estos acontecimientos ocurrieron después de que José ya había sido vendido como esclavo y antes de que los hijos de Jacob viajaran a Egipto. Como podemos ver, el fin de este relato es el nacimiento de dos gemelos, Fares y Zara, cuyo padre era Judá. Estos dos niños fueron importantes en el linaje de los futuros reyes. Si Onán y Judá se hubieran salido con la suya, Tamar nunca hubiera tenido un hijo entre cuyos descendientes estarían nada menos que el rey David y Jesucristo.

Aunque el relato nos pone de presente algunas de las debilidades de Judá, este no es el propósito principal. Este relato tiene que ver con el linaje. Tanto Lucas 3:33 como Mateo 1:3 nos muestran que Fares fue el hijo de Judá del cual descendió Jesús. El Mesías sería descendiente de Judá (ver Génesis 49:10). Pero ¿por qué dar tantos detalles de este linaje? Muchos de los otros linajes o genealogías del Génesis simplemente dicen quién era el padre de quién; ¿no sería esto suficiente? No, porque sin la historia de cómo Tamar concibió de Judá, y el subsiguiente reconocimiento de Judá de su paternidad, la herencia judía de los descendientes de Fares, incluso a Jesús, sería desconocida o rebatida.

Hay otro elemento interesante en las palabras de Judá: “Más justa es ella que yo . . .” (v. 26). Esto era verdad. Veamos que aunque Tamar vestía como una prostituta, fue Judá quien le pidió que se acostara con él. Sin embargo, más adelante Judá sentenció a Tamar a ser quemada por su pecado, aunque él había estado dispuesto a irse con alguien vestida de ramera y participar en semejante pecado. Por el contrario, lo que Tamar quería era asegurar que naciera un heredero de su esposo (ver Deuteronomio 25:5-6), una responsabilidad que Judá había abandonado voluntariamente (Génesis 38:14).

José en la casa de Potifar (Génesis 39)

José fue vendido nuevamente por los comerciantes árabes a un oficial del faraón egipcio. Seguramente Dios intervino para que José fuera vendido a Potifar, para que en la casa de alguien tan cercano a la corte él pudiera recibir la preparación que sería necesaria para poder ocupar el alto cargo en que Dios lo iba a colocar, y que en la escuela de la adversidad aprendiera las lecciones de sabiduría práctica que serían de tanta utilidad e importancia en su futura carrera.

Aunque José prosperó en la casa de Potifar, Dios no lo tenía destinado para esto; Dios tenía en mente algo más grande. Para alcanzar tal designio, José tenía que ser enviado a prisión, en un medio ambiente del que luego Dios lo iba a sacar para llevarlo a ser la mano derecha del faraón. Esto nos ilustra algo que es muy importante recordar: Algunas veces los cristianos deben perseverar en las dificultades y pruebas para poder alcanzar el propósito final de Dios. Debemos mantener en mente que Dios nos ha creado con un propósito asombroso. Mientras José iba a ser sacado de la prisión para ocupar un cargo equivalente al de primer ministro, nosotros seremos sacados de esta existencia física, limitada y, conjuntamente con José, ¡gobernaremos con Dios sobre todo el universo! Para alcanzar este propósito es necesario que pasemos por el sufrimiento y la tribulación. Dios permite esto; sin embargo, aunque todo parezca tan difícil en ciertos momentos, él nunca nos dejará ni nos abandonará (Deuteronomio 31:6; Hebreos 13:5). Debemos ser pacientes en los momentos de prueba, confiando en Dios, perseverando en servirle y obedecerle, sabiendo que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” (Romanos 8:28) y que él no nos dejará ser probados más allá de lo que podemos soportar (1 Corintios 10:13).

Del ejemplo de José podemos aprender varias lecciones. Lea los pasajes que citamos a continuación y vea la relación que tienen con el período de prueba en la vida de José: Proverbios 22:29; 10:4; 12:24; Mateo 25:21; 1 Corintios 6:18; 1 Pedro 3:17; Romanos 5:3-4; 8:35-39.

Una de las lecciones más importantes es que, al final, obedecer a Dios en todas las circunstancias será para nuestro bien. José sabía que el adulterio era un pecado y no quiso hacerlo —aunque esto podría haberle costado su propia vida— porque él confió en que Dios bendecía a aquellos que lo obedecían (aun si José hubiera perdido su vida física, Dios lo hubiera bendecido en la eternidad).

Por cierto, este pasaje nos pone de manifiesto algo que debemos tener en cuenta. La respuesta de José ante la seducción de la esposa de Potifar nos da una información que algunas veces pasamos por alto. José le preguntó: “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?” (Génesis 39:9). En la actualidad muchos creen que los 10 mandamientos no estaban vigentes antes de la época de Moisés. Y sin embargo, en la respuesta de José no solamente podemos apreciar su virtud sino que además encontramos una prueba de que la ley de Dios ya se conocía en esa época. De acuerdo con Romanos 5:13, “donde no hay ley, no se inculpa de pecado”. José claramente llamó pecado al adulterio; por lo tanto, esto demuestra que la ley de Dios ya estaba vigente antes de su codificación muchos años después en el monte Sinaí.

José en prisión (Génesis 40)

No es claro cuánto tiempo estuvo José en prisión, pero podemos deducir que entre el período en que estuvo sirviendo a Potifar y el período que estuvo en prisión, transcurrieron 11 años. Había transcurrido todo ese tiempo desde el momento en que sus hermanos lo vendieron a la edad de 17 años, y tenía alrededor de 28 cuando el mismo Potifar, capitán de la guardia que estaba encargado de la prisión, hizo que José entrara en contacto con el copero y el panadero del rey. Para ese tiempo, el hogar debía ser una memoria lejana en la mente de José, porque ya había pasado mucho tiempo y estaba en un problema muy grave. Al estar en prisión, estaba muy lejos el momento en que su familia se iba a postrar delante de él, pero él continuaba tratando de hacer lo mejor que pudiera hacer y Dios lo bendijo en sus esfuerzos.

Sabiendo que Dios tenía en mente un plan muy grande, podemos dar por sentado que todos estos acontecimientos fueron obra de Dios. No fue coincidencia que los dos principales siervos del faraón llegaran a la misma prisión de José. Si hubieran sido siervos de un oficial de menor rango, no habría forma de informar al faraón acerca del don de interpretación que tenía José. Después de oír los sueños de los prisioneros, José les explicó su significado y las cosas ocurrieron tal como él dijo. Tal vez después de esto, José se acordó de sus propios sueños y se preguntó qué le depararía el futuro.

Parece difícil de creer que el copero, después de ver que se cumplió cabalmente la interpretación que José le dio del sueño, se pudiera olvidar de la petición que José le había hecho de mencionárselo al faraón. Tal vez estaba tan entusiasmado por haber sido restaurado a tan alto cargo, que se le olvidó lo que José le había pedido. O tal vez después de recuperar su puesto de copero, no quería darle a nadie más la oportunidad, o tal vez tenía miedo de recordarle al faraón que él lo había enviado anteriormente a prisión. Sea cual fuere la razón, Dios estaba manejando los acontecimientos de acuerdo con su plan, y dejó a José en prisión por espacio de otros dos años antes de liberarlo, reafirmando el concepto de que debemos ser pacientes cuando esperamos en Dios. Tal vez tome algún tiempo, tal vez toda la vida, pero él cumplirá indefectiblemente sus promesas.

La prueba histórica de la hambruna y de José (Génesis 41)

Cuando José tenía 30 años, después de estar en prisión otros dos años, Dios dio otro paso en el plan que estaba llevando a cabo. Él hizo que el faraón tuviera un sueño profético que nadie podía explicar. Finalmente, el copero se acordó de los extraordinarios sucesos relacionados con el sueño que tuvo en la prisión y la interpretación de José. José fue llevado delante del faraón y le dijo el significado de su sueño: siete años de abundancia seguidos por siete años de hambre.

Se cree que existen pruebas históricas que confirman el tiempo de abundancia seguido por un período de gran escasez. Veamos una cita del libro *The Signature of God* (“La firma de Dios”), escrito por Grant Jeffrey (1966, pp. 42-43):

En el siglo 19 se descubrió en el sur de Arabia Saudita una fascinante inscripción que confirma el relato de la Biblia acerca de “siete años de gran abundancia” seguidos por “siete años de hambre” (Génesis 41:29-30). La inscripción estaba en una tableta de mármol hallada en las ruinas de una fortaleza a la orilla del mar en Hadramaut, en lo que hoy es el Yemen. Un análisis del texto sugiere que fue escrito [en la época patriarcal] . . . Veamos la traducción de esta antigua inscripción:

En este castillo moramos en paz un largo período de tiempo;
 lo único que deseábamos era servirle al dios de los viñedos.
 Centenares de camellos regresaban a nosotros cada día al anochecer,
 felices de descansar en sus moradas de reposo.
 El doble de nuestros camellos eran nuestras ovejas,
 graciosas y blancas, y también el ganado que se movía lentamente.
 Vivimos en este castillo *siete años de buena vida*,
 ¡cuan difícil es para la mente su descripción!
 Entonces llegaron los años estériles y todo lo quemaron:
 cuando un mal año ya había pasado,
 entonces llegaba otro después.
 Y nos volvimos como si nunca hubiéramos probado el bien.
 Ellos murieron y ni los pies ni las pezuñas quedaron.
 Así acontece a todo aquel que no le da gracias a Dios:
 Sus huellas serán borradas del lugar de su morada.

Aunque sea extraordinario, esto no debiera sorprendernos mucho. Al fin y al cabo, la Biblia es la Palabra de Dios, y es verdad, aunque los escépticos creen lo contrario.

Veamos otro aparte del mismo libro (pp. 44-45):

Como lo registra el libro del Génesis, los siete años de hambre en Egipto fueron tan severos que José, el principal administrador, tuvo que ser muy cuidadoso al vender la comida de las preciosas reservas de grano para satisfacer el hambre de todos los habitantes de los países vecinos . . . José no podía vender a todos las reservas de Egipto porque existía el peligro de quedarse sin alimentos. Cuando el hambre estaba en todo su furor, los granos eran mucho más valiosos que el oro o el dinero.

En el siglo 19 los exploradores descubrieron un buen número de fascinantes inscripciones antiguas en el Cercano Oriente, las cuales han servido para confirmar los hechos registrados en las Sagradas Escrituras . . . La más fascinante de todas fue una tableta de piedra [hallada en la tumba de una mujer noble y rica del Yemen, quien vivió en la época patriarcal], con la inscripción final de la mujer que confirma el relato bíblico acerca de la cuidadosa administración que José hizo de las reservas finales de alimentos durante los siete años de hambre en Egipto.

En tu nombre o dios, el dios de Hamyar,
 Yo, Tajah, la hija de Dzu Shefar, *envié mi mayordomo a José*,
 Y cuando él se demoró en regresar, envié a mi sierva
 Con cierta cantidad de plata, para que me trajera una medida de harina;
 Y como no pudo conseguirla, envié con ella una cantidad de oro;
 Y como no pudo conseguirla, envié con ella una cantidad de perlas;
 Y como no pudo conseguirla, pedí que me las molieran;
 Y viendo que carecían de valor, estoy encerrada aquí.
 Cualquiera que oiga de esto, por favor compadézcame;
 Cualquier mujer que se adorne con adornos
 De mi aderezo, que se muera de la misma muerte que yo.

Confesiones y crecimiento (Génesis 42-43)

Habían transcurrido 22 años desde que los hermanos vendieron a José como esclavo y engañaron a su padre Jacob. Es un largo tiempo para mantener una mentira y parece que había cobrado su precio entre los hijos de Israel. Las

cosas se pusieron difíciles en Egipto cuando fueron acusados de ser espías. Los hermanos fueron sacudidos. El crimen en contra de José nunca debió olvidárseles, porque cuando José les dijo que debían llevar a Benjamín a Egipto para poder probar su historia, ellos inmediatamente pensaron que esta dificultad era un castigo por lo que habían hecho hace tanto tiempo. Rubén agregó: “¿No os hablé yo y dije: No pequéis contra el joven, y no escuchasteis?” (v. 22). Pero por supuesto, él era tan responsable como lo eran los demás, porque no solamente no le había dicho la verdad a su padre, sino que no había intentado liberar a su hermano cuando descubrió lo que habían hecho con él.

Tantos años con una culpa sin resolver había madurado a los hermanos. Veamos en Judá el contraste entre su juventud y su edad adulta. En Génesis 37, fue a Judá a quien se le ocurrió la idea de vender a José a los comerciantes árabes. Ahora, en Génesis 43, él está dispuesto a ofrecerse en lugar de Benjamín, el hermano de José, y así protegerlo. Anteriormente, a él no le importaban los sentimientos y el bienestar de su padre, pero ahora está dispuesto a sufrir el daño con tal de no herir a su padre otra vez. En el capítulo 44 Judá va a probar la verdad de su cambio y la sinceridad de su promesa.

Mientras sus hermanos se debatían en sus sentimientos de culpa, José parece que también tenía emociones encontradas. Primero, se sintió un poco indignado con ellos cuando se dio cuenta de que los sueños por los cuales lo habían odiado (37:8) se habían cumplido y se habían hecho realidad. José probó la actitud de sus hermanos, pero cuando vio su pesar, lloró en secreto y los perdonó de verdad. Aunque abiertamente continuó haciéndoles la vida muy difícil, entre bastidores hacía cosas buenas por ellos.

La copa de adivinación (Génesis 44)

Los hermanos no tenían idea de lo que estaba pasando, pero trataban de ser humildes y de cooperar en todo, aunque esto parecía que de nada servía. José acusó a sus hermanos de algo muy grave, que ellos habían robado la mismísima copa en la que había bebido su benévolo anfitrión.

Cuando el siervo de José confrontó a los hermanos por el supuesto crimen, les preguntó: “¿No es ésta [la copa] en la que bebe mi señor, y por la que suele adivinar”? (v. 5). ¿Significaba esto que José usaba realmente esta copa para adivinar y presagiar el futuro? Esto seguramente no hubiera sido del agrado de Dios. Acerca de la copa de adivinación, el *Comentario exegético y explicativo de la Biblia* dice: “La adivinación por medio de copas, para saber el curso del futuro, era una de las supersticiones prevalecientes en el antiguo Egipto como lo es todavía en países orientales. Pero no es probable que José, piadoso creyente en el verdadero Dios, se hubiera entregado a esta práctica supersticiosa. Pero se habría valido de esta creencia popular para llevar a cabo la feliz ejecución de su estratagema para la final prueba decisiva de sus hermanos” (Casa Bautista de Publicaciones, 1967, tomo 1, p. 56). En otras palabras, con tal de atemorizar más a sus hermanos, José pudo haber usado la copa para *hacerles creer* que él practicaba la adivinación. Por consiguiente, a ellos les habría parecido que iban a ser acusados de robar algo de suma importancia en Egipto.

Debemos notar que José no le ordenó a su siervo que les dijera abiertamente una mentira. En vez de ello, le dijo que les hiciera una pregunta. La respuesta verdadera sería simplemente no, pero los hermanos no sabían esto.

Paralelos en las Escrituras (Génesis 45)

Podemos ver un paralelo temático entre la historia de José y la historia de Jesús. José fue llevado como esclavo a Egipto para que en últimas su familia pudiera sobrevivir a la hambruna. De igual manera, Jesús fue enviado para sufrir por otros, ha sido exaltado a la más alta posición de todas, y como resultado de ello podrá salvar a la humanidad de la muerte.

José vio la mano de Dios en todo lo que había pasado, desde sus primeros sueños hasta su esclavitud, encarcelamiento, exaltación y, al final, la reconciliación con su familia. Más tarde les dijo a sus hermanos: “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo” (50:20). En las palabras de José en que reconocía la intervención de Dios en lo que había ocurrido, estaba comprendida la expresión de perdón por todo el mal que le habían hecho. De la misma forma, el pacto que nos ofrece eterna salvación por medio de Jesucristo está lleno de perdón hacia todos aquellos que hicieron necesaria su muerte. Con esto en mente, debemos tener en cuenta la petición de José a su padre: “Ven a mí, no te detengas” (45:9), porque de igual manera Cristo nos llama para que moremos con él. No nos demoremos en hacerlo.

El capítulo 45 termina con noticias maravillosas para Jacob. Por más de 20 años había pensado que su hijo José estaba muerto, y que nunca lo volvería a ver (ver 42:35, 38). Ahora estaba preocupado por la suerte de sus otros hijos al viajar a Egipto, pero ellos regresan con la noticia más feliz de todas, algo absolutamente inimaginable: “José vive aún —le dijeron—; y él es señor en toda la tierra de Egipto” (45:26). ¡Esto parecía algo absoluta y totalmente imposible! “Y el corazón de Jacob se afligió, porque no los creía” (v. 26). Pero lentamente, él empezó a comprender. “Y ellos le contaron todas las palabras de José, que él les había hablado; y viendo Jacob los carros que José enviaba para llevarlo, su espíritu revivió. Entonces dijo Israel: Basta; José mi hijo vive todavía; iré, y le veré antes que yo muera” (vv. 27-28). Sí, era posible, por encima de cualquier imposible, y más allá de la razón, porque el Dios de Jacob y de José era y sigue siendo el Gobernante de los cielos y la tierra. Con él, *todas las cosas* son posibles.

Israel se traslada a Egipto (Génesis 46-47)

Nuevamente, Dios le habló a Israel (Jacob) para reafirmarle su protección divina. Tal como José lo había reconocido, Dios confirmó que todo hacía parte de su plan para traer la familia de Jacob a Egipto, en donde los haría una gran nación. Sólo Dios sabía todo lo que tenía reservado para los descendientes de Israel, hechos que están registrados en el libro del Éxodo.

En Génesis 45:28 Jacob expresó el deseo que colmaría su vida: ir a Egipto y ver nuevamente a su hijo José. Eso era suficiente. Aquí, Dios confortó a Jacob de una forma que debió llenarlo de un profundo gozo. Le prometió que no solamente la familia de Jacob iba a ser una gran nación, sino que le confirmó a Jacob que su último deseo sería cumplido: volvería a ver al hijo que había perdido. El primogénito de Raquel estaría a su lado en el lecho de muerte. Finalmente, llegó el momento del reencuentro y hubo lágrimas de alegría, el dolor de Jacob se terminó, su vida estaba completa y pudo esperar en paz el día de su muerte.

La vida de Jacob había sido una larga y dolorosa lucha al cosechar las semillas de corrupción sembradas en su juventud. Sus propios hijos lo engañaron acerca de lo que había sucedido con su hijo José, y para hacerlo usaron las mismas cosas con las que él había engañado a su padre Jacob para recibir la primogenitura: un cordero sacrificado y una prenda de vestir especial. Por más de 20 años Jacob había creído la mentira de que José estaba muerto. Jacob le dijo al faraón egipcio: “Los días de los años de mi peregrinación son ciento treinta años; pocos y malos han sido los días de los años de mi vida . . .” (47:9). Muy triste, y muy cierto.

La vida de Jacob debe ser una lección para nosotros en el sentido de que cosechamos lo que sembramos (ver Gálatas 6:7). Por supuesto, todos hemos pecado (Romanos 3:23), y debemos sentirnos muy agradecidos porque si nos arrepentimos, Dios nos quitará algunas de las consecuencias del pecado. Pero no las removerá *totalmente* de nuestra vida, para que podamos aprender lecciones importantes, tal como nos lo muestra la historia de Jacob. Al final, su vida no fue tan mala. Después de todo, se convirtió en un hombre cuyo nombre fue cambiado por el de *Israel*, que significa “el que lucha con Dios” (Génesis 32:28). Aunque Jacob estaba listo para morir después de ver a José, Dios le dio 17 años más de vida para que pudiera compartir con José y su familia (47:28). De hecho, en nuestra próxima lectura veremos que al final de su vida Jacob dijo que Dios le había libertado “de todo mal” (48:16), y encontró felicidad al final de sus días.

Sin embargo, fue un camino largo y difícil para llegar hasta ese punto. No tenía por qué ser así, si Jacob no hubiera sembrado una semilla corrupta en los años anteriores. Esta lección está escrita “para nuestra enseñanza” (Romanos 15:4). Si *nosotros* hemos estado sembrando una mala semilla, debemos detenernos ahora, pedirle perdón a Dios y comenzar, con su ayuda, a sembrar una *buena* semilla de la que podamos cosechar un mejor mañana. La elección es nuestra.

Finalmente, en Génesis 46 encontramos una clasificación de todos los nombres de la familia de Israel que viajaron a Egipto. Si contamos a José y a su familia, eran 70 personas en total. Sabemos por el libro del Éxodo que de este pequeño grupo se formó un pueblo de 600.000 hombres que salieron de Egipto (12:37), lo que probablemente significa una población total de dos o tres millones de personas. José ubicó a la familia de su padre en la región de Gosén, la parte de Egipto más cercana a Canaán y una tierra con abundante agua y pastos verdes para sus rebaños, y allí residirían hasta la época de su liberación.

Efraín y Manasés (Génesis 48)

Antes de morir, Jacob impuso las manos sobre los hijos de José para bendecirlos con la primogenitura, de la misma manera en que su padre había hecho con él. Al mismo tiempo, Jacob adoptó los dos niños como sus propios hijos, y por eso ellos fueron considerados hijos de Israel y hermanos de los demás. José pensó que su padre estaba cometiendo un error al poner su mano derecha sobre el menor de los niños. Pero esto era algo consciente de parte de Jacob, puesto que para hacerlo era necesario que él cruzara las manos al bendecirlos.

De esta manera, Dios estaba indicando que tenía planes especiales para los descendientes de los hijos de José y que de hecho Efraín sería más rico y poderoso que su hermano mayor Manasés. Al principio del capítulo, ellos se mencionan según la edad: “Manasés y Efraín” (v. 1), pero más adelante hay un cambio en el orden de los nombres. Jacob “los bendijo aquel día, diciendo: En ti bendecirá Israel, diciendo: Hágate Dios como a Efraín y como a Manasés. Y puso a Efraín antes de Manasés” (vv. 18-20).

Aquí entendemos claramente que la bendición nacional de una nación y un conjunto de naciones que encontramos en Génesis 35:11 no se refería a las tribus de Israel en general. En lugar de esto, Manasés se convertiría en una gran nación y Efraín sería un conjunto de naciones. De hecho, tan increíble como parezca, Manasés vino a ser los Estados Unidos de América, la nación más grande que el mundo ha conocido. Y Efraín es el profetizado “conjunto de naciones” que comprende las naciones de la Mancomunidad Británica: Inglaterra, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, parte del África meridional y las antiguas colonias inglesas. Antes de que Estados Unidos alcanzara su grandeza, Inglaterra reinaba sobre el imperio más grande en la historia del mundo. En nuestra lectura de Génesis 49 veremos más detalles de estas increíbles bendiciones que debían venir sobre la familia de José.

Israel en el tiempo del fin (Génesis 49:1-28)

El Génesis nos describe detalladamente las últimas palabras que Jacob les dijo a sus hijos por inspiración de Dios, poco antes de morir. En ellas describió el futuro de sus descendientes; cada uno de los 12 hijos de Israel es mencionado aquí. Algunos comentaristas tratan de encontrar el cumplimiento de esas profecías para cada tribu, buscando en la historia registrada en los libros del Antiguo Testamento. Por supuesto, algunas de las características y el destino trazado por Jacob se cumplieron en cierta medida durante esos tiempos; sin embargo, veamos que Jacob les dijo: “Reuníos, y os declararé lo que os ha de acontecer *en los días postreros*” (v. 1, Reina-Valera Actualizada).

Las frases como “los últimos días” o “los postreros días” aparecen cerca de 20 veces en la Biblia. Eso se refiere al período del fin de los tiempos que va a conducir al establecimiento del Reino de Dios en la tierra (ver Isaías 2:2; Miqueas 4:1; 2 Timoteo 3:1; 2 Pedro 3:3). De tal forma que en lugar de describir la condición de las tribus en las épocas registradas en los libros de Reyes y Crónicas, Jacob describió principalmente las circunstancias de las tribus al fin de los siglos. Esto nos muestra algo interesante: en el tiempo del fin, poco antes del regreso de Jesucristo, todas las tribus de Israel van a existir como pueblos separados (excepto por Simeón y Leví, que estarán dispersos entre las demás tribus).

Algunas de las profecías acerca de las tribus individuales son difíciles de descifrar en su significado específico, debido al amplio espectro del lenguaje utilizado. Sin embargo, una de ellas, la que se refiere a Judá en el versículo 10, se puede interpretar más fácilmente. Dado que “no será quitado el cetro de Judá”, sabemos que va a existir una sucesión de reyes descendientes de Judá hasta un momento determinado, puesto que el cetro es símbolo de reinado. El momento específico es mencionado cuando dice: “Hasta que venga Siloh”. *Siloh* significa “el pacífico y próspero” o “el Salvador”, o aun “aquel a quien le pertenece [el cetro]”, lo cual es una clara referencia a Jesucristo, ante quien “se congregarán los pueblos”. Ya que la línea real va a existir hasta “los días postreros”, la llegada de Siloh tiene que ser una referencia a la segunda venida de Cristo. De hecho, esta profecía explica que en el tiempo del fin Cristo va a asumir el trono de Judá, indicando con esto que en ese tiempo va a haber un trono ocupado por reyes descendientes de Judá. Y de hecho existe tal trono.

Los versículos 22-26 nos dan detalles acerca de las bendiciones que más tarde vendrían sobre los descendientes de José.

Años más tarde, en las palabras pronunciadas por Moisés en Deuteronomio 33, poco antes de que los hijos de Israel entraran en la Tierra Prometida bajo el liderazgo de Josué, encontramos más detalles acerca del futuro de las tribus. De hecho, al hablar del futuro de José en este pasaje, Moisés hace referencia a Génesis 49:26.

Muerte y entierro (Génesis 49:29-50:26)

Después de la muerte de Jacob, José cumplió lo que su padre le había pedido de enterrarlo en la misma cueva en que Abraham e Isaac habían sido enterrados. José, quien le había jurado a su padre que cumpliría su voluntad, lo hizo tal como él se lo pidió, junto con sus hermanos y aun con algunos ancianos egipcios y siervos del faraón. El hecho de que la realeza egipcia hubiera hecho lamentación con José por la muerte de Jacob demuestra el gran respeto que los egipcios sentían por José, el hombre al que Dios había usado para salvarlos del hambre y por el que su nación se había engrandecido enormemente.

José también expresó su deseo de ser enterrado en la tierra de sus padres. Él sabía que más tarde Dios iba a sacar al pueblo de Israel de Egipto para llevarlo de regreso a Canaán, y les hizo jurar a los hijos de Israel que hicieran “llevar de aquí” sus huesos (v. 25). Sin embargo, como él era un personaje nacional en Egipto, fue puesto primero en un ataúd en Egipto, antes de ser trasladado hasta su tierra natal. Es claro que José sabía acerca de su entierro en Egipto y de la futura liberación de su pueblo, y por eso les hizo prometer que lo sacarían de allí. Muchos años más tarde, Moisés cumplió estos votos y tomó los huesos de José para sacarlos de Egipto en el momento del éxodo (Éxodo 13:19). Los huesos permanecieron con los hijos de Israel hasta que entraron en la Tierra Prometida y fueron finalmente enterrados en Siquem (Josué 24:32).

El hecho de que los restos de los patriarcas hayan sido enterrados en la tierra de Canaán puede ser un símbolo de su futura herencia de la Tierra Prometida, que en sí misma prefigura el venidero Reino de Dios. Y de hecho, ellos resucitarán en el momento en que el Reino de Dios sea establecido, cuando Jesucristo regrese. Por supuesto, sin importar en dónde hayan sido enterrados, los santos de Dios serán resucitados en el momento en que Jesucristo regrese, para entrar en la verdadera Tierra Prometida, el Reino de Dios, que regirá todas las naciones de la tierra.